



Trabajo Fin de Grado

Las fortificaciones aragonesas en la frontera del Moncayo durante la guerra de los Dos Pedros (1356-1366): control, defensa y abastecimiento

The Aragonese fortifications in the border of the Moncayo during the War of Two Pedros (1356-1366): control, defense and supply

Autor

David Ferrer Gómez

Director

Mario Lafuente Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2016

Resumen

Desde el siglo XII fue configurándose la frontera entre los reinos de Aragón y Castilla, a partir de una red de espacios fortificados. Las fortalezas fueron utilizadas para el control de este territorio durante la guerra de los Dos Pedros, que en el lado aragonés pertenecieron mayoritariamente al realengo. El análisis de los castillos en torno a su organización y control del territorio en la zona del Moncayo centra la atención de este trabajo.

Palabras clave: Reino de Aragón, siglo XIV, frontera, guerra, sistema castral, fortificación, castillo

Abstract

From the twelfth century the border between the kingdoms of Aragon and Castile was formed from a network of fortified spaces. The fortresses were used to control this territory during the War of Two Pedros that in the side belonged mainly to crown. The analysis of the castles surrounding their organization and control of the territory in the Moncayo area focuses the attention of this work.

Key words: Kingdom of Aragon, fourteenth century, border, war, castle system, fortification, castle

Las fortificaciones aragonesas en la frontera del Moncayo durante la guerra de los Dos Pedros (1356-1366): control, defensa y abastecimiento

Índice

Introducción: metodología y balance historiográfico.....	4
1. Marco físico y organización política en un espacio de frontera.....	15
1.1. Configuración histórica de los límites del reino.....	15
1.2. La frontera sur.....	16
1.3. La frontera central.....	18
1.4. La frontera norte.....	20
2. El sistema castral.....	24
2.1. Puntos principales.....	24
2.1.1. La ciudad de Tarazona.....	24
2.1.2. Las villas de Borja y Magallón.....	25
2.2. Puntos secundarios.....	28
2.2.1. Fortificaciones de realengo.....	28
2.2.2. Fortificaciones de señorío eclesiástico.....	29
2.2.3. Fortificaciones de señorío laíco.....	33
2.2.4. Otros elementos del sistema castral.....	34
2.3. Tamaño y entidad de las poblaciones.....	36
3. La defensa y el control del territorio.....	37
3.1. El gobierno de las fortalezas: capitanes y alcaides.....	37
3.2. Guarniciones y contingentes de hombres armados.....	37
4. Abastecimiento y logística.....	40
4.1. Costes de mantenimiento.....	40
4.2. Cultura material.....	43
Conclusiones	
Bibliografía	
Anexos	

INTRODUCCIÓN: METODOLOGÍA Y BALANCE HISTORIOGRÁFICO

La realización de este trabajo tiene como objetivo analizar el sistema castral en torno a los pasos del Moncayo, en la frontera entre Aragón y Castilla, durante la guerra de los Dos Pedros (1356-1366), que tuvo en la Corona de Aragón unos efectos devastadores, por la dureza de las operaciones militares y la invasión de tropas castellanas sobre los territorios de Aragón y Valencia. Se trató de una guerra defensiva desde el punto de vista aragonés, que tuvo como consecuencia la necesaria intervención de todos los sectores de la sociedad en la salvaguarda del reino.

El propósito, a lo largo de estas páginas, es intentar definir en qué medida la red de fortificaciones que se había levantado en este territorio fue utilizada como un instrumento de poder y control, así como su funcionamiento y organización.

La guerra que enfrentó a ambas Coronas fue un conflicto dirigido y respaldado por la mayoría de los grupos nobiliarios y que tuvo como fundamento motivos derivados de la sucesión al trono castellano. Esto se produce debido a las alianzas desarrolladas entre Alfonso IV de Aragón (1327-1336) y Alfonso XI de Castilla (1312-1350), que tuvieron como consecuencia la aparición de dos figuras que acumularon el suficiente poder como para intentar acceder a la corona de Castilla.¹ En primer lugar, tenemos la figura de Fernando (1329-1363), hijo del Alfonso IV de Aragón y Leonor de Castilla (1307-1359), hermana del rey castellano, Alfonso XI. El comienzo de la guerra en el verano de 1356, tuvo su justificación en la alianza entre el infante Fernando y Pedro I de Castilla, por la que el primero cedía sus señoríos aragoneses y valencianos al rey de Castilla, aunque finalmente, dos años después, volviera a reconciliarse con su hermano. La segunda persona en disposición de optar al trono castellano era Enrique de Trastámarra (1336-1379), hijo bastardo de Alfonso XI. Las pretensiones de este último obtuvieron en Castilla el respaldo suficiente como para movilizar a una parte importante de la sociedad política en una guerra civil contra el rey legítimo, Pedro I, que se prolongó durante tres años (1366-1369), y concluyó con la entronización del Trastámarra.

¹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Grupo CEMA-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2012, pp.11-14.

Para poder alcanzar el objetivo de este trabajo se ha estimado conveniente llevar a cabo una explicación de lo que es un sistema castral y su funcionamiento práctico a través de diferentes ejemplos historiográficos. Posteriormente, se ha analizado el contexto del que formaba parte la zona objeto del estudio, integrada en un sistema más amplio. Por último, se ha estudiado la función del sistema castral y las fortificaciones que formaban parte del mismo, evaluando su relevancia según la capacidad defensiva, económica y social de cada una de ellas, así como su cometido dentro de la organización política y militar de estos territorios.

Desde hace algún tiempo, la bibliografía especializada en los asuntos vinculados con la guerra medieval ha llevado a cabo un giro importante en lo concerniente a los comportamientos militares, de modo que la imagen que se tenía sobre la guerra en la historiografía clásica de la Edad Media, no coincide con la más reciente.

En primer lugar, este cambio al que estamos aludiendo se ha concretado en el cuestionamiento generalizado de la batalla como rasgo definitorio de la guerra medieval, para, en su lugar, conceder mucha más relevancia a las operaciones militares de baja intensidad. En segundo lugar, actualmente los estudios de Historia militar tienden a concentrarse, más que en los grandes enfrentamientos en campo abierto, en todas aquellas operaciones bélicas relacionadas con el control del espacio, con la conquista y defensa de las fortificaciones que lo jalonaban y articulaban. Por tanto, podemos indicar que la imagen más característica de la guerra medieval se encuentra hoy en el marco de la lucha de varias fuerzas por el dominio de uno o varios enclaves.²

Esto nos lleva a poder afirmar de una manera indiscutible que el castillo, entendiendo como tal cualquier espacio fortificado, independientemente de cuál fuera su entidad, magnitud o repercusión sobre el territorio, fue, a lo largo de toda la Edad Media, el elemento sobre el que se articuló el territorio, en torno a los que giraron las acciones bélicas, y que estos enclaves actuaron como canalizadores y núcleos de la vida civil y militar de su entorno.³

No obstante, debe aclararse que el papel fundamental que representan las fortificaciones en la guerra medieval, se inscribe en el contexto particular de las

² CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*. Labor, Barcelona, 1984, pp. 127-142.

³ PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO, M^a Isabel, “El castillo, núcleo y catalizador de la vida militar”, en Miguel Ángel LADERO QUESADA *et alii*, *Castillos Medievales del reino de León*, Madrid, 1989. pp. 101-112.

confrontaciones armadas, cuando el lugar del conflicto es un escenario sobre el que confluyen las oposiciones de dos fuerzas estables, es decir, cuando nos encontramos en situaciones de frontera, espacios extremos donde la voluntad de transgresión territorial de un poder choca con la voluntad contraria de otro estado limítrofe.⁴

En estos contextos, se da el hecho de que al menos una de las partes del conflicto se niega a aceptar de forma tajante la presencia de la otra, que considera el despliegue una acción agresora contra sus posesiones. En esta situación, el papel de las fortificaciones en la guerra adopta nuevas características que modifican y puntualizan el uso habitual de las funciones bélicas asumidas por las fortificaciones en general.

Durante la Plena Edad Media hubo una amplia creación de contextos fronterizos como el que se está explicando. La tendencia expansiva que caracteriza a este periodo dio lugar al surgimiento de diversos frentes de conflicto, en los que es posible encontrar las definiciones de frontera, de guerra y de fortificación. En referencia a ello, dentro de la Península Ibérica, el caso más significativo sería el de la conquista y colonización feudal, pero no el único.

Para ofrecer una visión y un panorama general del funcionamiento de estos sistemas castrales he estudiado algunos ejemplos con una cronología y ámbitos variados,⁵ siendo éstos representativos de las funciones bélicas desarrolladas por los castillos, fortalezas y ciudades amuralladas de estas fronteras en movimiento.

Son bastante conocidos los rasgos específicos de las fronteras de los reinos cristianos peninsulares, frente a los distintos poderes islámicos que fueron sucediéndose en la Península Ibérica. En los diferentes lugares, donde se ha procedido al estudio con una mínima profundización, se ha podido comprobar la relación existente entre tres elementos básicos: la permanencia del enfrentamiento bélico con los musulmanes, la aparición de un entramado castral en el que se “materializa” la frontera, y el surgimiento y utilización del concepto “frontera” en las fuentes cristianas.⁶

⁴ TOUBERT, Pierre, “Frontière et Frontières: un objet historique”, *Castrum 4. Frontière et Peuplement dans le Monde Méditerranéen au Moyen Âge*, Roma-Madrid, 1992, pp. 12-13.

⁵ El primero de estos ejemplos se corresponde con el proceso de expansión de los estados feudales frente al Islam en la Península Ibérica. Éste es un marco político y cultural distinto al estudiado en este trabajo, pero con el que se pueden establecer ciertos paralelismos en el plano estratégico y material.

⁶ BAZZANA, André, GUICHARD, Pierre y SÉNAC, Philippe, “la frontière dans l’Espagne Médiévale”, *Castrum 4. Frontière et Peuplement dans le Monde Méditerranéen au Moyen Âge*, Roma-Madrid, 1992, p. 53.

La relación entrelazada de estos elementos nos sitúa ante la presencia de unas fronteras en constante modificación, no definitivas, en las que la guerra es un fenómeno omnipresente y definitorio de las relaciones sociales, y el motor fundamental de los procesos de avance fronterizo, siendo el entramado castral la base de la continua actividad bélica.

La ubicación central de los puntos más importantes en todos los ámbitos medievales, y no exclusivamente en los fronterizos, se comprende cuando se tiene en cuenta que en torno a ellos se desarrollaban funciones básicas para la ordenación, articulación y control del espacio y las personas.⁷ En este mismo sentido, se apunta hacia la importancia de los castillos como centros del gobierno feudal desde los que se ejercían los poderes políticos, administrativos y judiciales sobre los habitantes del entorno, se llevaba a cabo la recaudación de rentas, se ayudaba a la colonización y consolidación del espacio y se mantenía el orden público.

Lo mismo que se da como válido para las fortalezas y los castillos de pequeña o mediana entidad, se podría utilizar para hablar de las ciudades amuralladas, lugares en los que se concentran todas las funciones que definen el dominio sobre poblaciones y territorios. Es por esta razón por la que algunos autores han destacado el papel de la multifuncionalidad de los recintos urbanos amurallados,⁸ en el que las murallas se presentan como un fenómeno a la vez técnico, económico, social, político, jurídico, simbólico e ideológico, además de militar.⁹

A través de esta afirmación se llega a la conclusión de que quien domina la fortaleza controla a los hombres y el espacio. Es por ello que resulta lógico pensar que

⁷ LALIENA CORBERA, Carlos, “Castillos y territorios castrales en el valle del Ebro en el siglo XII”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo. Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*. Murcia, 1998. pp. 31-45.

⁸ Hay que tener en cuenta dos aspectos fundamentales en el estudio de cualquier fortificación: función y utilidad. El sentido de una fortificación varía según su contexto político aunque no lo haga su morfología. Las ciudades, como espacios fortificados, van a ser elementos repobladores y dinamizadores de los espacios colonizados, en otros casos, van a funcionar como canalizadoras de la creciente actividad mercantil y, en otros, se convertirán en elementos de apoyo para la monarquía, en su afán por recuperar poder frente a los agentes feudales. Además, la muralla delimitaba un espacio jurídico. La ciudad se gobernaba a sí misma y en ella regía un Derecho, otorgado por la monarquía, bajo el que, con condiciones, se acogían sus habitantes. Con estas directrices los monarcas podían conceder privilegios a los diferentes grupos sociales urbanos. Esta política fue seguida por la monarquía para conseguir apoyos en su enfrentamiento con los poderes feudales, marcando una separación jurídica entre lo urbano y lo rural. La muralla suponía la separación física entre ambos mundos. IZQUIERDO BENITO, Ricardo, “Las ciudades medievales: espacios fortificados”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo. Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*. Murcia, 1998, pp. 109-118.

⁹ LE GOFF, Jacques, “Construcción y destrucción de la ciudad amurallada. Una aproximación a la reflexión y a la investigación”, en *La ciudad y sus murallas*, Madrid, 1991, pág. 11.

la función militar más elemental de las fortalezas sea de carácter defensivo: en la medida en que poseer una fortaleza permite gobernar su entorno, su defensa es la única garantía de mantener y prolongar el dominio. Se concibe que en cualquier ámbito, pero especialmente en contextos de frontera, donde fuerzas que se oponen antitéticamente se disputan el control del territorio, lo que más preocupaba a cualquier poder era afirmar la continuidad de su dominio sobre la tierra y las poblaciones frente a las agresiones y ataques de sus enemigos. Por tanto, es al conjunto de actividades relacionadas con la consecución de este objetivo elemental a lo que se llaman “funciones defensivas”.

Para comprender más acerca de esta función militar, es necesario definir lo que la gente de la Edad Media, que vivía en torno a estos puntos fuertes, entendía por “defender”, ya que es posible que no siempre se haya transmitido una imagen clara, e incluso de forma acertada del perfil de esta función.

Desde mediados del siglo XX, se extendió una línea de estudio bastante generalizada que creía que, en los límites fronterizos, las fortificaciones ejercían su función defensiva impidiendo u obstaculizando el paso de las fuerzas agresoras hacia el interior. Edificadas en lugares estratégicos, en zonas de paso obligatorio, a lo largo de caminos, valles o puertos de tránsito inexcusable para el invasor, las fortalezas estuvieron destinadas a contener al enemigo. Estas fortificaciones no solían aparecer sobre el terreno de una manera aislada, sino que en las zonas fronterizas resultaba habitual una alta concentración de plazas o puntos fuertes que mostraban elementos organizativos en conexión. Por ello, no se ha dudado en hablar de la existencia de redes, estructuras, sistemas o líneas de defensa que, en conjunto, suponían un impedimento para la intrusión de fuerzas enemigas.¹⁰ Esta misma forma de entender la defensa de una frontera y la función de las fortificaciones coincide con las ideas de los estrategas que estaban al servicio de Felipe II, quienes a mediados del siglo XVI, propusieron para la defensa del reino cerrar todas las fronteras, inclusive las costas, como si se tratara de una muralla en la que los lugares fueran baluartes, los puertos actuaran a modo de puertas y las torres dispersas por el territorio actuaran como atalayas. Así, la imagen del reino se asemejaba con la de una ciudad amurallada en la que sus confines se

¹⁰ ROJAS GABRIEL, Manuel, “Funcionalidad bética de las fortificaciones castellanas en la frontera occidental con Granada (c. 1350-c. 1481)”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo, Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*, Murcia, 1998, pp. 58-70.

correspondían con el trazado de muros y las fortalezas de frontera con los elementos de defensa del territorio.¹¹

Como ejemplo de lo que se está explicando, se ha señalado la existencia de un sistema defensivo en el reino musulmán de Valencia durante el siglo XIII, estructurado en torno a tres grandes áreas – el litoral, el alto Maestrazgo y los cauces de los ríos Mijares, Palencia y Turia – y articulado mediante una serie de fortalezas que se ubican escalonadas en profundidad, se apoyan mutuamente y funcionan conjuntamente, actuando como un sistema de contención.¹²

Sin salir del ámbito peninsular, algunas expresiones contenidas en la documentación castellana del siglo XII, referidas a las funciones bélicas que desarrollaban desde sus castillos las Órdenes Militares en las fronteras frente al Islam, parecen demostrar que, al menos en la corte del rey de Castilla se tenía la imagen de “frontera cerrada”, en la medida en que se consideraba que estas instituciones militares actuaban en defensa de la cristiandad funcionando como un escudo frente a los enemigos del cristianismo. En 1175, Alfonso VIII concedía a la Orden de Calatrava el quinto de todo lo que el monarca conquistara en “tierra de los moros”,¹³ como compensación por su ayuda a la defensa del territorio contra los adversarios de la fe.

Pese a ello, no parece que en ningún momento, a lo largo de la Edad Media, las fortificaciones llegaran a actuar como barreras o muros de contención que impidiesen el paso a los enemigos a través de las fronteras. Esta idea implica un concepto de frontera lineal que nunca llegó a existir durante este periodo, entre otros motivos porque su mantenimiento no resultaba factible y porque su funcionamiento habría requerido la existencia de una defensa orgánica,¹⁴ que hiciera funcionar simultáneamente a las diferentes guarniciones de los castillos de frontera en una acción defensiva coordinada frente a los ataques, y las fuentes nunca han manifestado nada similar.

¹¹ CÁMARA MUÑOZ, Alicia, “Fortificación, ciudad, y defensa de los reinos peninsulares en la España Imperial. Siglos XVI y XVII”, en *La ciudad y sus murallas*, pp. 90 y 109.

¹² ARROYO ILERA, Fernando, “Blasco de Alagón y el comienzo de la reconquista valenciana”, *Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón*, IX (1973), pp. 82-88.

¹³ GARCÍA FITZ, Francisco, “Pora acrecentamiento de nuestros regnos. Las funciones ofensivas de los castillos de frontera”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo. Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*, Murcia, 1998, pp. 75-89.

¹⁴ GARCÍA FITZ, Francisco, “Guerra y fortificaciones en contexto de frontera. Algunos casos ibéricos de la Plena Edad Media”, en *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e Magreb (500-1500): Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos*, Lisboa, 2001, pp. 519-532.

En el extremo oriental de la Península, durante el otoño de 1233, el rey aragonés Jaime I, acompañado de 130 caballeros, 150 almogávares y unos 700 peones, realizaba una incursión en la zona levantina desde Burriana hasta Albalat, localidad situada a orillas del Júcar. Estos contingentes aragoneses recorrieron unos cien kilómetros de norte a sur, traspasando los sistemas defensivos del reino de Valencia en esta zona. Todo ello lo hicieron a la vista de varias guarniciones, y aún así tomaron hasta 60 cautivos además de una gran cantidad de trigo y ganado, sin que la incursión fuera atajada, a pesar de que la cabalgada fue detectada desde los primeros instantes de su inicio, y las poblaciones y contingentes militares de la región avisados mediante almenaras.

Además del ejemplo descrito anteriormente, se dispone de otras fuentes que siguen la misma línea y vienen a demostrar que las fortificaciones situadas en zonas fronterizas normalmente no se utilizaron para dificultar o detener el paso de invasión enemiga. Esto nos hace pensar que la función defensiva de las fortalezas, tanto en contextos fronterizos como en otros, y cualquiera que fuera su entidad, responde a un esquema de funcionamiento mucho más simple. Principalmente, las fortalezas se limitaban, en el despliegue de sus funciones defensivas, a facilitar la protección de las personas y bienes que pudieran refugiarse tras sus paramentos. Se ha comprobado, tanto en la Península Ibérica como en otros contextos europeos, que con anterioridad a la introducción de las bocas de fuego en los trenes de asedio, las actuaciones practicadas por cualquier guarnición cercada contaban con una inestimable ventaja frente a una fuerza agresora que intentara superar las defensas. Habitualmente, si una fortaleza se encontraba bien situada y construida, abastecida de víveres, agua y armas, y defendida por un contingente adecuado y suficiente para hacer frente a un asedio, tenía garantizadas unas altas posibilidades de éxito frente a un ejército sitiador, aunque éste tuviera un número superior de hombres y mejor armamento que los sitiados.¹⁵ Por tanto, no es de extrañar que la prioridad militar de cualquier dirigente político-militar en orden a la defensa de las fortalezas, fuera la de guarnicionar y abastecer convenientemente los puntos fuertes.

Para ilustrar hasta qué punto una población asediada podía dificultar las pretensiones de conquista de un contingente invasor, puede servir el ejemplo de la

¹⁵ CONTAMINE, Philippe. *Op.cit.*

conquista de Burriana en 1233,¹⁶ por parte de las tropas aragonesas dirigidas por Jaime I. Cierto es que la localidad fue sometida tras un cerco que constituyó el primer gran éxito del monarca aragonés en el reino de Valencia, pero hay que destacar el gran esfuerzo que se requirió para llevar a buen fin la citada conquista. Operaciones similares se llevaron a cabo ante otras plazas, si bien, en su mayor parte, el desenlace de las mismas se saldó con la capitulación de los sitiados y no con el asalto efectivo de la población. Sirva de ejemplo el caso de la propia ciudad de Valencia.

Después de analizar todos los recursos humanos y técnicos utilizados por Jaime I durante la ofensiva sobre Burriana, lo que llama la atención no es tanto el éxito final, sino que se necesitaron tres meses para la conclusión del asedio y que los problemas surgidos por el alargamiento del cerco estuvieran a punto de obligar al levantamiento anticipado de este. En un determinado momento, los ricoshombres llegaron a plantearse la imposibilidad de continuar con el asedio, pues sus huestes no tenían víveres suficientes para abastecerse y los hombres de los concejos estaban inquietos porque se aproximaba la época de la siega y querían volver a sus casas para iniciar la cosecha.

Casos como éste, en los que un asedio se prolongaba en el tiempo más de lo inicialmente planeado, pese a la superioridad en número del ejército atacante y de sus posibilidades técnicas, era algo casi habitual, lo que llevaba a tener problemas de abastecimiento, organización e incluso de disciplina a los sitiadores. Todo ello confirma la superioridad de lo defensivo sobre lo ofensivo en el mundo medieval. Además, en el ejemplo concreto de Burriana, es más llamativa esta consideración, ya que esta población no era un gran núcleo urbano fuertemente amurallado, ni un castillo inexpugnable, como reconocería el propio Jaime I. A pesar de todo ello, pudo resistir un asedio de tres meses frente a un ejército numeroso y bien armado.

Debido a esa superioridad defensiva frente a la ofensiva, las poblaciones desarrollaron la estrategia de refugiarse tras las fortificaciones en el momento en que aparecía cualquier amenaza. Una vez transcurrido un tiempo, los agresores se alejaban sin ocupar las fortalezas y los pobladores agredidos podían volver a restaurar la situación inicial. Cualquier fuerza invasora que quisiera dominar efectivamente una región, debía conquistar sus fortalezas, y para ello se veía obligada a realizar un esfuerzo económico, organizador y humano, destinado a concentrar y mantener sobre el

¹⁶ GARCÍA FITZ, Francisco. *Op.cit.* (2011), pp. 519-532.

territorio durante el tiempo necesario las tropas imprescindibles para una operación larga, complicada y costosa. La experiencia ha demostrado que una operación militar de este tipo estaba fuera del alcance de la mayoría de los dirigentes militares.

Debido a esta actividad, se explica que la transformación de la estructura de la población de algunas sociedades fuertemente presionadas desde el exterior, como la andalusí del siglo XIII,¹⁷ cuya respuesta a los ataques y amenazas castellanas en el alto valle del Guadalquivir se limitó a la concentración de la población en ciudades, llevando a cabo un reforzamiento de las defensas urbanas, levantamiento de nuevas fortificaciones en lugares estratégicos y a la ocupación de nuevos asentamientos abandonados, caracterizados estos por estar en altura y ofrecer una fácil defensa.

Parece quedar bastante resuelto cuál era el valor defensivo de la fortaleza medieval. Era capaz frenar una invasión, contribuía al dominio de los hombres sobre el espacio y hacía que éste se consolidara, provocando que el cambio de soberanía sobre el espacio y las personas resultara más complicado. De ahí que algunos autores hablen de una estrategia tendente a garantizar la seguridad de un objetivo principal mediante el mantenimiento de una red de puntos fuertes a su alrededor que mantuviese intacto el orden territorial.

No obstante, pese a la importancia de las funciones defensivas de las fortalezas, éstas no se limitaban al desarrollo de acciones protectoras. Especialmente en contextos como el ibérico, donde las fronteras con el mundo islámico estaban en continuas fases de movimiento para la ampliación del territorio dominado, las fortificaciones desempeñaron un papel ofensivo de primera magnitud,¹⁸ y en ocasiones, la actividad de las guarniciones tenía un carácter mucho más ofensivo que defensivo, siendo la actividad destinada al ataque la más relevante.

Resulta posible afirmar que en la Península Ibérica, al igual que en otros contextos occidentales que tienen alguna similitud, el papel fundamental de las fortificaciones, en su faceta ofensiva, sería el de actuar como base de operaciones de los ejércitos de campo, además de servir como sitio de almacenamiento y suministro de víveres para las fuerzas que participaran en las expediciones ofensivas. En realidad, en zonas de frontera como las existentes en la Península Ibérica, donde los ejércitos de los

¹⁷ GARCÍA FITZ, Francisco, *Op.cit.* (2001), pp. 519-532.

¹⁸ GARCÍA FITZ, Francisco, *Op.cit.* (1998), pp. 75-89.

reinos cristianos ejercían una constante presión militar sobre el territorio musulmán para alcanzar su conquista, las fortificaciones de frontera actuaban, de forma prioritaria, como lanzaderas para los ataques y como baluartes que, por su cercanía a la zona de operaciones, permitían minimizar el riesgo de incursiones y correrías. Cada castillo era un escalón que servía tanto para afianzar el terreno ganado, como para tomar el necesario impulso antes de acometer el tramo siguiente, de forma que las fortalezas se convirtieron en los elementos centrales de las operaciones destinadas a la ampliación del territorio conquistado y anexionado.

En lo referente a este asunto, serviría de ejemplo la sistemática construcción de castillos de frontera acometida por algunos monarcas aragoneses a finales del siglo XI y principios del siglo XII, en relación con la conquista del valle del Ebro. Desde la época del rey Sancho Ramírez y, posteriormente, durante los reinados de Pedro I y Alfonso I, reforzaron las campañas de anexión de los grandes núcleos musulmanes situados al sur de los Pirineos, edificando fortalezas en sus inmediaciones.

Esta política de edificaciones de “contracastillos”, se puede encontrar en otros ámbitos, como las Cruzadas en Tierra Santa, de forma que los aragoneses utilizaban una fórmula de presión que estaba generalizada en otros ámbitos. En todas las fronteras ibéricas, los castillos y fortificaciones aparecen como elementos destinados a la destrucción de los sarracenos y a la expansión del cristianismo, fenómeno extrapolable a todos los núcleos de los que se ha hablado.

En otras zonas peninsulares, como pueden ser las fronteras más occidentales, hay ejemplos muy claros acerca de las funciones básicas de las fortalezas ubicadas en ellas. En este sentido, algunos cronistas ofrecen información a cerca de los hechos ocurridos en el castillo de Leiría entre 1135 y 1144, dando a conocer el modo de actuación que se esperaba de la guarnición de esta fortaleza.¹⁹

A través de los *Annales D. Alfonsi Portugallesium regis*, los investigadores han podido conocer cuáles fueron las órdenes de Alfonso I en torno a este castillo. El monarca portugués mandó construir esta fortaleza para poder hacer frente a las incursiones musulmanas que se llevaban a cabo desde la zona de Coimbra. El texto, según García Fitz, recoge inicialmente la función defensiva como razón principal para la construcción del castillo, pero, seguidamente, llama la atención sobre la ubicación

¹⁹ GARCÍA FITZ, Francisco, *Op. cit.* (2001), pp. 519-532.

física de la fortaleza, destacando especialmente las ventajas que aquel lugar ofrecía a la hora de lanzar una expedición ofensiva. De hecho, en lo que insiste posteriormente el texto es en cómo las acciones iniciadas por la guarnición del castillo consiguieron dañar las fortificaciones de los musulmanes, quienes, según cuenta la crónica, manifestaban su temor a la guarnición de Leiría.

Posteriormente, este castillo fue retomado por los musulmanes, concretamente en 1140, en una operación organizada por aquellos que habían sufrido tiempo atrás los ataques llevados a cabo desde esa posición, quienes terminaron por destruir el castillo. Fue recogida esta noticia en la corte de Alfonso VII, y su cronista refleja la gran pérdida que supuso para el rey portugués este hecho, no sólo por las bajas humanas, sino por el desmantelamiento de una posición estratégica de gran valor, tal y como refleja el hecho de que el monarca luso volviera a reconstruirla en el mismo lugar años más tarde.

La doble vertiente de la funcionalidad de este castillo de Leiría fue estudiada hace unos años por Robert Durand,²⁰ quién dijo de esta fortaleza que servía tanto para la defensa meridional de Coimbra como para reforzar la ofensiva contra Santarem y Lisboa, mediante la realización desde este castillo de incursiones contra el territorio musulmán. Este autor dio un paso más allá, resaltando la funcionalidad ofensiva que se esperaba tanto del castillo de Leiría como de todas las fortificaciones portuguesas de frontera, añadiendo que, si los núcleos fuertes eran objeto de codicia por parte de unos y otros, era en su mayor parte por las capacidades ofensivas e intimidatorias. Concluye que, a su juicio, estos espacios fortificados no fueron construidos para resistir un asedio, sino para ser utilizados como residencia de una población de campesinos-soldados, o de una pequeña tropa que fuera especialista en cabalgadas.

²⁰ DURAND, Robert, “Guerre et fortification de l’habitat au Portugal aux XII et XIII siècles”, *Castrum 3, Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age*, 1988, pp. 179-186.

1. MARCO FÍSICO Y ORGANIZACIÓN POLÍTICA EN UN ESPACIO DE FRONTERA

1.1. Configuración histórica de los límites del reino

Desde que, en el siglo XII, se empezó a definir la frontera que separaba los reinos de Aragón y Castilla, ésta se había ido formando a partir de una red de recintos fortificados destinada, en buena medida, a controlar las vías de comunicación que la atravesaban, las cuales tenían gran importancia debido al elevado tráfico que soportaban.²¹ La necesidad de controlar el tránsito de personas y mercancías a través de los pasos fronterizos fue una constante a lo largo de toda las épocas, función que fue monopolizada por el poder. El espacio que pone en relación los reinos de Aragón y Castilla es una buena muestra de ello, ya que, a mediados del siglo XIV, presentaba ya una trayectoria histórica consolidada, en buena parte como resultado del férreo control impuesto por las monarquías aragonesa y castellana desde hacía más de dos centurias.

En el lado aragonés, la mayor parte del territorio ubicado en las zonas fronterizas pertenecía al realengo,²² y por ello la mayor parte de las fortalezas eran gestionadas preferentemente por alcaldes designados por el rey, quienes, a su vez, eran reclutados entre la élite de la baja nobleza local. Pese a esto, hay que señalar que en el valle del Ebro y en la zona norte existieron algunos dominios señoriales importantes, entre ellos los de algún gran monasterio, como el de Veruela,²³ creado en el siglo XII, y algunos linajes destacados, como los Luna o los Urrea, siendo necesario recordar que las poblaciones más importantes demográficamente y, sobre todo, las fortificaciones que controlaban directamente las vías de comunicación entre Castilla y el interior del reino, actuando la ciudad de Zaragoza como centro neurálgico, se encontraban en esta época bajo dominio directo del rey. Sin embargo, esto no quiere decir que en todas las fortificaciones de realengo hubiera siempre, al mando de ellas, un alcaide nombrado por el monarca, puesto que, además de otros casos, los concejos de las grandes villas y

²¹ Véase Anexos: Mapa 1.

²² LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Un reino en armas. La guerra de los Dos Pedros en Aragón*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza, 2014, pp. 130-131.

²³ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Un viaje a las fortificaciones medievales de Tarazona y el Moncayo: Monasterio de Veruela*, Diputación provincial de Zaragoza, Zaragoza, 2005, pág. 86.

comunidades de aldeas gozaron de privilegios que les permitían la gestión directa de sus fortificaciones en períodos de paz.

Durante la guerra de los Dos Pedros, la convivencia en los espacios fronterizos pasó a estar gobernada por la lógica del combate, cuyo fin prioritario, para los intereses aragoneses, fue, durante la mayor parte del tiempo, la defensa del reino. El control de estos espacios no suponía únicamente un fin en sí mismo, sino que, además, tenía un significado añadido: contener una posible internada del enemigo hacia la ciudad de Zaragoza, que como anteriormente he dicho, constituía el núcleo y la justificación última de toda la red de fortificaciones aragonesa.²⁴

A mediados del siglo XIV, al igual que durante toda la Baja Edad Media, esas vías principales de comunicación se repartieron entre tres grandes espacios.²⁵

1.2. La frontera sur

La zona de Albarracín y sus aldeas quedó generalmente al margen de la intervención regia, debido a la condición jurisdiccional de este lugar, cuyos dominios señoriales pertenecían a la reina Leonor de Castilla y al infante Fernando, desde 1332, por lo que la actuación del monarca en lo relativo a la protección y defensa de sus poblaciones era inexistente.²⁶ En 1363, tras el asesinato (justificado posteriormente mediante un juicio sumario y una sentencia de culpabilidad por crimen de lesa majestad) del infante Fernando, estos territorios se reintegraron a la jurisdicción directa de Pedro IV, quién encomendó su fortificación a Fernando López de Heredia. En este contexto, las autoridades de la ciudad pactaron una tregua particular con el rey de Castilla, a consecuencia de las negociaciones de paz desarrolladas en Muriviedro en 1363, así como el traslado de los enfrentamientos al reino de Valencia. Esta media permitía comerciar directamente con Castilla, ya que no era factible abastecer la ciudad desde el reino de Aragón.

²⁴ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, “Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los Dos Pedros (1356 – 1366)”, *Aragón en la Edad Media*, XXII (2011), pp. 127-185.

²⁵ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op.cit* (2014).

²⁶ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op.cit* (2011), pp. 127-185.

La guarda de este abrupto territorio estuvo organizada en torno al control de los pasos de Castilla hacia Teruel, especialmente al sur de la ciudad, entre Castelfabib y Ademuz. Los castillos de estos lugares estuvieron continuamente entre los mejor dotados del reino, debido a la accesibilidad de esta vía. Durante la gran ofensiva castellana de 1362 sobre la ciudad, hay fuertes evidencias de que Ademuz estaba fortificada al menos en una parte de su caserío, puesto que Pedro IV emitió órdenes de reparación de muros y otras estructuras. También se ordenó el traslado de la población al recinto que rodeaba la fortificación, donde se siguió el procedimiento habitual de compartimentación en patios, y se ejecutaron obras de demolición de edificios. Todavía en octubre de 1363, cuando la ciudad de Teruel ya se encontraba bajo dominio castellano, se estaban llevando a cabo estas disposiciones.

En la ciudad de Teruel, la fortificación debió llevarse a cabo desde el comienzo de la guerra, cuando Pedro de Jérica y Miguel Pérez Zapata se encargaron de la dirección de las obras del *Raval*. Así, este lugar se rodeó de una cerca con sus pertinentes torres y fosos, medidas que fueron acompañadas además del derribo de edificios. Una parte del caserío, la que quedaba fuera de los muros, fue derruida y su población trasladada a la zona llamada el Mercado del *Raval*, que debía ser distribuida en patios. El número de hombres armados estimados para defender Teruel al comienzo de la guerra no era muy elevado, pues se calcularon en torno a los cuatrocientos peones y cuarenta hombres a caballo. Puntualmente, este número se podía incrementar con la participación de habitantes de las aldeas, quiénes, a su vez, podían ser también llamados para aumentar la mano de obra en la realización de las labores de fortificación.

Hasta la gran ofensiva castellana de 1362 la población de las aldeas turolenses pudo permanecer en sus hogares y, cuando aquella se produjo, el destino de los aldeanos fue, sobre todo, la ciudad de Teruel, pero también el castillo de Cella. En 1356, este castillo estaba situado sobre una muela en el interior del caserío; la fortificación se encontraba situada en la parte alta del lugar, y su interior fue habilitado para trasladar tanto a la población del lugar como a la de las inmediaciones.

Por último, en esta zona, la pequeña aldea de Arcos tendió a ser conservada por su posición estratégica en el camino hacia Teruel por el sur. Se despobló la zona del caserío situada en el *raval*, por lo que la población se concentró en el interior del

espacio fortificado. La torre situada en el término de esta aldea desempeñó una función similar a los pequeños castillos de la zona del Jalón.

1.3. La frontera central

El corredor del Jalón

El más importante de los pasos entre Aragón y Castilla, por el tráfico que soportaba y por su dotación militar, es el corredor del Jalón, que constituía la frontera central. El núcleo del sistema defensivo aragonés en esta zona de la frontera era la villa de Calatayud, sede de capitanía desde el comienzo de la guerra,²⁷ donde se situaban además tres grandes castillos (el Mayor, el Real o del Picado, y el de la Judería), y dos menores (el de Torremocha y el de Santa María de la Peña). Muy cerca de Calatayud, existía otra gran fortificación, en la muela de Somed. Otros baluartes de la monarquía aragonesa en este sector eran la villa de Ariza y algunas de sus aldeas, concretamente Embid, Monreal y Bordalba, junto a la villa de Cetina, y el castillo denominado Torre de Martín González. Por último, algunas de las aldeas de la Comunidad de Calatayud funcionaron también como plazas fuertes, entre ellas Ateca, Alhama, Ibdes, Terrer, Jaraba y Sisamón.²⁸

El control de la frontera situada en el corredor del Jalón era vital para la defensa del reino y de la ciudad de Zaragoza, de manera que, desde el verano de 1356, la mayor parte del ejército aragonés, incluidas las compañías de Enrique de Trástamara, fue destinada a esta zona y sus fortalezas, en el caso de que no estuvieran previamente asignadas, entregadas a algunos de los caballeros y escuderos más influyentes del reino. Todo este territorio fue sin duda el más castigado durante la primera fase de la guerra y el primero en caer ante las grandes ofensivas de 1362 y 1363. En esta zona se produjeron numerosas internadas del ejército castellano, circunstancia que convirtió al corredor del Jalón en el espacio fronterizo donde se recurrió, de manera más intensa, a

²⁷ Cargo eventual que el rey o su lugarteniente otorgaba a miembros preferentemente de la media nobleza (caballeros) y que suponía el ejercicio de amplios poderes sobre la población y las compañías de hombres de armas allí instaladas, localizadas en un área concreta de la frontera, siempre en territorio de realengo. La definición del espacio asignado equivalía, en la práctica, a la identificación de una serie de castillos que, a todos los efectos, eran incluidos en su jurisdicción, al igual que el resto de los espacios fortificados, incluidas las villas que contaran con este tipo de estructuras. Su labor fue decisiva a la hora de coordinar la dirección del ejército y la aplicación de las medidas surgidas del entorno regio. LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), pp. 110-111.

²⁸ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op.cit.* (2011), pp. 127-185.

la despoblación como medida defensiva. Las instrucciones en este sentido fueron constantes desde finales de 1356, aunque no en todos los casos llegaron a cumplirse. El lugar preferente como destino para todas aquellas personas de las poblaciones consideradas como desprotegidas fue Calatayud.

En cuanto a las obras de fortificación, se puede apuntar, con la información de la que se dispone, que en los primeros meses de la guerra Pedro IV estaba satisfecho con su estado, si bien, exigía continuar con los trabajos de reparación.²⁹ La dirección de estas obras correspondía a los cargos más elevados dentro del organismo institucional del reino, es decir, el lugarteniente del rey, el Justicia, el gobernador y el baile general, además de los agentes implicados en la dirección del ejército, como los capitanes y alcaides.

Excepto en el caso de Ariza, donde una parte del casco urbano se encontraba fortificada en altura, sobre la muela, el resto de los puntos fortificados a lo largo de todo el corredor del Jalón hasta Calatayud se ajustan al modelo de un castillo exento al caserío, utilizado como refugio de la población pero también como alojamiento de los hombres de armas. En todas estas poblaciones las obras de fortificación se limitaron a los castillos, por lo que fueron comunes las órdenes para derribar parte de los caseríos o su totalidad.

El entorno de Daroca

Todavía en la zona de la frontera central, se ubicaban las aldeas de la Comunidad de Daroca, donde la tendencia fue mantener a la población en sus hogares hasta el comienzo de las grandes ofensivas castellanas. La cordillera Ibérica, sirvió como una defensa natural en altura para las aldeas situadas en ella hasta finales de 1362, no por su dificultad para atravesarla, sino porque existían otras zonas fronterizas mucho más accesibles para el ejército castellano. De esta afirmación, habría que excluir a las localidades que estaban situadas en la llanura. La orografía del terreno explica que, durante los primeros años de la guerra de los Dos Pedros, la mayoría de las aldeas darocenses optaran por fortificar su perímetro, para resistir posibles asedios.

²⁹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2011), pp. 127-185.

Dentro de la red de fortificaciones de esta zona de la frontera el núcleo era el amplio recinto amurallado de Daroca.³⁰ Así mismo, el largo perímetro de la muralla que rodeaba la villa se presentaba inabarcable para los medios de los que disponían los vecinos, lo que implicaba que fueran necesarios al menos 250 hombres para asegurar su defensa en marzo de 1357.³¹

La participación de los aldeanos en la defensa de Daroca resultaba obligatoria, algunas de las aldeas necesitaron que sus vecinos más próximos acudieran en su ayuda para poder acondicionar de la debida forma sus defensas, lo que viene a confirmar la baja densidad de población que había en esta zona y que provocaba una carencia de mano de obra para los trabajos en las fortificaciones.

Cuando se aplicaron las medidas defensivas durante toda la guerra con mayor intensidad en la zona del valle del Jiloca fue en los meses anteriores a la ocupación castellana de este sector, reagrupándose en aquel momento la población en los puntos más fuertes.³² El maestre de Calatrava, como capitán de aquella parte de la frontera, tenía la tarea de distribuir a la población no combatiente entre las fortificaciones mejor habilitadas para ello. Entre los castillos destinados a este menester figuraban los de Cubel, Anento, Monterde y Pardos. Estas fortificaciones eran de dimensiones reducidas, pero destacaban por la dificultad que oponían a las tropas enemigas para acceder al territorio. Hacia el noreste de Daroca, la fortificación mejor dotada durante este periodo de guerra con Castilla fue la aldea darocense de Cariñena, que en 1362 se convirtió en capitánía.³³

1.4. La frontera norte

El sur de las Cinco Villas

En este espacio fronterizo destacan tres poblaciones; Ejea, Uncastillo y Tauste.³⁴ En los tres casos, se trataba de villas de tamaño medio cuya defensa se organizó bien en

³⁰ RODRIGO ESTEVAN, M^a Luz, “Torres, castillos, y murallas en la frontera con Castilla. Notas sobre el sistema defensivo darocense (siglos XIV y XV)”, *El Ruejo*, 4 (1998), pp. 71-106.

³¹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op.cit.* (2011), pp. 153-156.

³² GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio, “Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 12-13 (1961), pp. 16-21.

³³ Véase nota anterior (nº 27) en la que se habla de las capitánías.

³⁴ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2011), pp. 127-185.

torno a un castillo de gran tamaño o bien en torno a una muela fortificada, en la que se concentró tanto la propia población como aquella procedente de lugares próximos. En Ejea, en el año 1357 está constatada la falta de un recinto que rodeara la población. Dentro de la muela de Ejea, se encontraba la aljama de los judíos de la villa, quienes por orden del rey debían colaborar en la defensa de este núcleo. En 1362, con motivo de la guerra contra Navarra, Pedro IV mando realizar más obras de fortificación en Ejea. Todo el recinto debía quedar protegido mediante fosos y barbacanas. Además se procedió a la destrucción de los edificios más cercanos a la muralla para que no sirvieran de refugio a las tropas enemigas.

Más al norte se ubica la población de Uncastillo, que sufrió un procedimiento muy parecido, dirigido por el gobernador del reino, Jordán Pérez de Urriés. En marzo de 1363, Pedro IV encomendó al justicia, Juan de Urroz, dirigir la defensa de su entorno y gestionar las obras de fortificación. Entre las obras que se acometieron, se incluía la reparación de los aljibes y la construcción de uno o dos molinos de tracción animal.

En la villa de Tauste, la muela fue utilizada como refugio para la población desde poco después de que comenzará la guerra con Castilla. Al igual que en los anteriores casos, la resistencia de la población a trasladarse a este lugar fue un inconveniente importante para defender la villa, por lo que el rey, al igual que en Uncastillo, debió destinar allí al gobernador del reino. En este caso, el mayor problema era la financiación de las obras, en la que se negaban a colaborar los vecinos que habitaban fuera de la muralla. Por otra parte, hay indicios de que la muela de Tauste presentaba problemas para poder albergar a toda la población de la villa, a tenor de lo reflejado en la situación de los judíos en su aljama.³⁵

En las villas de Sos y Sádaba el modelo defensivo era distinto. Estas poblaciones contaban con un único castillo situado dentro o en las inmediaciones del caserío, que la población utilizaba como refugio. En Sos, la documentación de la que se dispone cita dos espacios fortificados que servían como refugio para los habitantes de la villa; la iglesia mayor y el castillo del siglo XII. El caserío debía quedar suficientemente aislado para evitar que los enemigos pudieran usarlo como lugar de refugio. El castillo de Sádaba, de menor capacidad defensiva que el de Sos, requirió desde el comienzo de la guerra con Castilla de grandes trabajos para acondicionarlo.

³⁵ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2011), pp. 127-185.

Del resto de poblaciones de realengo entre Sos y Tauste, villas situadas al norte y sur respectivamente, no se han documentado fortificaciones similares.

Los pasos del Moncayo

En esta zona de la frontera,³⁶ que se estudiará en detalle más adelante, la mayor parte del territorio pertenecía al realengo y se organizaba jurisdiccionalmente dentro de la sobrejuntería de Tarazona. Esta ciudad y la villa de Borja eran los dos núcleos de población más importantes de toda el área, sobre los que se dieron algunos de los asedios más importantes de toda la guerra. En ambos lugares se llevaron a cabo importantes obras de fortificación que repercutieron en el casco urbano, y en las dos poblaciones se concentraron personas procedentes del entorno más cercano en la primavera de 1357 y durante la gran ofensiva de 1363.³⁷

La ciudad de Tarazona, fue sede de capitánía mientras perteneció al monarca aragonés, y en ella se hospedaron parte de las tropas aragonesas durante toda la guerra, especialmente las reclutadas por el obispo de la ciudad, Pedro Pérez Calvillo. La defensa de la ciudad se articuló en torno a la fortificación de la parte más elevada de la misma, llamada *Cinto*, en la que por orden del rey se realojó a toda la población. Más allá del derrumbamiento de ciertas estructuras, la mayor parte de los edificios externos al recinto fortificado fueron respetados. Para asegurar una defensa más sólida de este perímetro, desde el consejo real se acordó la realización de obras para tapiar definitivamente algunas de las puertas del *Cinto*. Así, solamente quedarían abiertas la puerta de la Zuda y la que daba acceso al barrio de San Miguel.

Poco tiempo después, en previsión de la gran ofensiva castellana, hubo de reducirse el espacio habitado dentro de la ciudad, por lo que en diciembre de 1362 el rey ordenó abandonar el barrio de San Miguel y que sus habitantes fueran trasladados al *Cinto*. Pese a ello, Tarazona fue ocupada por las tropas castellanas en dos ocasiones: en 1357 y entre 1363 y 1366. Tras la salida de los castellanos, la población continúo residiendo en el interior del *Cinto*, medida que se justificaba por la participación de Pedro IV en la guerra civil castellana. Esto provocó que la concentración demográfica

³⁶ Véase Anexos: Mapa 2.

³⁷ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2011), pp. 127-185.

sobre un espacio urbano estrictamente limitado diera lugar a problemas de convivencia entre los vecinos.

En la otra población importante, Borja, había una cerca antigua que protegía una parte del caserío, sobre la cual se asentaba el castillo. Tras la primera conquista de Tarazona, la población que se encontraba viviendo en la zona exterior de los muros fue trasladada a este recinto. Posteriormente, se encargaría al alcaide Pedro Jiménez de Samper una reestructuración urbana, que consistía en dejar despoblada la zona del caserío ubicada extramuros, así como la obligación de que los judíos vendieran sus casas a los habitantes de la villa, para que éstos se trasladaran a la Judería por ser un espacio mejor protegido, mientras que los judíos deberían trasladarse a algunos de los espacios por habitar dentro del recinto fortificado. Además, la muralla antigua fue reparada continuamente durante la guerra contra el rey de Castilla, siendo dotada de torres, talladas y portales.

Al sur de Borja, las poblaciones de realengo mejor fortificadas eran dos, Aranda de Moncayo y Alagón, que según las noticias de las que se dispone, estarían compuestas por un castillo exento únicamente.

La retaguardia de Aranda de Moncayo y Calatayud se ubicaba en la localidad de La Almunia y su entorno. Sin embargo, no existía una fortificación regia que tuviera las características de las mencionadas en la frontera del Moncayo. El espacio entre el Moncayo y el valle del Jalón, a la altura de Épila y Ricla, era en su mayor parte jurisdicción señorial. Por tanto, las fortificaciones que controlaban los pasos hacía Zaragoza por esta zona, como Jarque o Illueca, quedaban fuera del control directo de Pedro IV. Cabe añadir que el rey había concedido los señoríos de Ricla y Épila a Enrique de Trastámara en 1356, para de este modo proteger el paso hacía Zaragoza.³⁸ Las aptitudes estratégicas de Pedro IV y sus consejeros quedaron demostradas, situando a su vasallo más poderoso en los puntos más relevantes para asegurar la ciudad más importante del reino.

Las poblaciones de Tarazona y Borja tenían en el entorno de Alagón su segundo espacio de retaguardia, esta vez por el cauce del Ebro. Este lugar tenía una estructura escasamente dotada de elementos defensivos, y ya en la primera ocupación de Tarazona se dispuso la evacuación de personas y bienes. Por tanto, excepto una posible

³⁸ LAFUENTE GÓMEZ, Mario (2011), *Op. cit.*, pp. 110.

intervención de los vasallos de Enrique de Trastámarra en la defensa de Épila y Ricla, las opciones para defender el reino ante la previsible caída de Tarazona, Borja, Magallón, Aranda de Moncayo y Calatayud, se basaban únicamente en la fortificación de la ciudad de Zaragoza, ya que la construcción de nuevas plazas fuertes intermedias se antojaba imposible.

2. EL SISTEMA CASTRAL

2.1. Puntos principales:

Como hemos señalado anteriormente, el sistema defensivo en este sector de la raya aragonesa se articulaba en torno a tres poblaciones de realengo que jugaban un papel decisivo en la estructura del mismo: La ciudad de Tarazona, como sede episcopal, desde el momento de la conquista feudal; la villa de Borja, que no alcanzaría el rango de ciudad hasta 1438; y la villa de Magallón. La importancia militar de las mismas se basaba en las fortificaciones con las que contaban.

2.1.1. Tarazona

El primitivo castillo de la Zuda, de origen musulmán, fue propiedad real desde que se conquistó a los musulmanes hasta el siglo XIV, cuando en 1376, Jordán Pérez de Urriés, vendió la Zuda a Pedro Pérez Calvillo, obispo de Tarazona, quien la convertiría en palacio episcopal.

Es posible reconocer el trazado seguido por la muralla, quedando dentro de este espacio los cristianos, a la vez que los musulmanes se trasladaron a las afueras. Todas las murallas se abrían por varias puertas, llegando a contabilizar un total de siete, según Alejandra Gutiérrez López.³⁹ Numerosas torres que se erigían sobre el basamento de época musulmana jalonaban las murallas y la ciudad.

La ciudad fue plaza importante durante la guerra de los Dos Pedros, siendo conquistada por los castellanos en 1357. Una vez devuelta la ciudad en 1360, se

³⁹ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. Cit.*, pp. 64-69.

comprobó que las defensas de la ciudad habían quedado muy dañadas, por lo que el arzobispo de Zaragoza donó parte de las primicias durante tres años para reparar las murallas. A pesar de la reparación de las defensas volvió a ser ocupada por los castellanos entre 1363 y 1366. El aspecto de la ciudad era tan desolador que Pedro IV planteó en las Cortes de Zaragoza de 1367 la posibilidad de demoler la ciudad.⁴⁰ Pesé a ello, en 1369 el rey ordenó la reconstrucción de sus murallas.

2.1.2. Las villas de Borja y Magallón

Borja

En este caso, tras la conquista aragonesa, la villa fue entregada en concepto de *honor* por Alfonso I a Ortí Ortiz de Antefronç. De esta época sobrevivió la antigua alcazaba musulmana, delimitada por las murallas califales, de las que se conservan varias torres y lienzos en la parte más escarpada del Cinto, así como restos significativos de otras torres y de la muralla que ceñía el gran peñón central que, en estos momentos, está pendiente de una intervención arqueológica para su estudio.⁴¹

Sabemos que del mantenimiento de las murallas se encargaban los judíos alojados en el interior de ese recinto, al que se accedía por una única puerta que, en la toponimia local, aparece como “Portaza” o puerta del Cierzo.

Sobre la ubicación de la Judería y la obligación de sus miembros de hacerse cargo del mantenimiento de las fortificaciones, se ha ocupado Miguel Ángel Motis en dos documentados estudios sobre la misma.⁴² Este mismo autor, que por otra parte, nos ofrece un interesante dato sobre la guarnición existente en el castillo, cuando al referirse

⁴⁰ “Aquesto feyto, propuso el señor rey que no trobava qu'es quisiesse meter en Taraçona por capitán et ansi demandava de consello a toda la Cort si reterria la dita ciudat o si la mandaria derribar”. LALIENA CORBERA, Carlos, *Acta Curiarum Regni Aragonum*, tomo III. Cortes del reinado de Pedro IV/2, C.E.M.A., Zaragoza, 2008. p. 183.

⁴¹ Véase Anexos: Imagen 1.

⁴² MOTIS DOLADER, Miguel Ángel, “Los judíos de Borja en el siglo XV”. *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XIX-XX (1987), pp. 19-289.

MOTIS DOLADER, Miguel Ángel, “Nuevas aportaciones sobre los judíos de Borja (siglos XIV-XV)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos* XLVI (2003), pp. 135-278.

a las persecuciones desencadenadas, a finales del siglo XIV, se decide duplicar el número de hombres, pasando de los 10 que hasta entonces había a 20.⁴³

Por otra parte, la población disponía de una muralla o cerca, cuyo perímetro fue creciendo en el transcurso del tiempo, de manera que todavía se advierten los restos de tres de ellas. Sobre este aspecto, hay un artículo divulgativo de Manuel Gracia Rivas.⁴⁴ Más interesante es el descubrimiento de una de las torres de la muralla medieval, en el interior de un edificio de la plaza del Mercado, de la que se dio cuenta en el *Boletín Informativo del Centro de Estudios Borjanos*.⁴⁵

El caso concreto de Borja sigue planteando importantes interrogantes, entre ellos la existencia del llamado “castillo de Santa Cruz” que, como señalaba José Luis Corral,⁴⁶ aparece citado repetidas veces en la documentación de los siglos XIII y XIV y que, en opinión de este autor, debía consistir en un simple recinto para apoyo de la fortaleza principal. Cabe la posibilidad de que esté relacionado con la antigua fortificación romana, a la que se ha hecho referencia, la llamada “torre del Pedernal”. Según Corral, si se confirmara la existencia de un doble castillo, estaríamos ante un hecho que, como veremos, se repite también en Magallón.

Otro problema subsistente es de los sillares adosados a la roca del peñón que constituye el núcleo de la ciudadela. Considerados tradicionalmente romanos, recientemente Isidro Aguilera ha planteado la hipótesis de que sean de época posterior.⁴⁷ Se basa para ello en la existencia de una gran excavación en el vecino monte de La Corona que destruyó todos los estratos arqueológicos romanos y anteriores que allí había, similares a los de su entorno, por lo que cabe la posibilidad de que ello fuera provocado por la necesidad de obtener piedra cercana para esa obra.

⁴³ MOTIS DOLADER, Miguel Ángel, “Judíos hispánicos y fortalezas medievales: Ordo & Locus, realidad y símbolo” en *La fortaleza medieval. Realidad y símbolo. Actas de la XV Asamblea General de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 1998, p. 139.

⁴⁴ GRACIA RIVAS, Manuel. "La muralla y las puertas de la ciudad de Borja" en *Programa de la Feria de Septiembre*, 1979.

⁴⁵"Ha aparecido una de las murallas de Borja" en *Boletín Informativo del CESBOR*, nº 48. 1988. pág. 4. Sin firma.

⁴⁶ CORRAL LAFUENTE, José Luis. *Op. cit.* Pág. 31.

⁴⁷ Comunicación personal de Isidro Aguilera Aragón.

Magallón

La población fue entregada en concepto de *honor*, por Alfonso I, primero a Ortí Ortiz de Antefronç y, posteriormente, a Pedro de Atarés, entre otros.

No sabemos si hubo allí una fortaleza islámica, al margen de la torre cuadrangular que hemos citado, alejada del casco urbano, pero junto a la antigua calzada⁴⁸. De lo que ha quedado constancia documental es del castillo medieval que se alzó en el cerro de la Molilla, que domina la población, al cual se le denomina “castillo de San Lorenzo” y, junto al que comenzó a levantarse una iglesia en piedra, bajo la misma advocación, de la que se ha conservado el ábside.

Pero en Magallón hubo un segundo castillo que, además, se encontraba muy próximo al anterior. Álvaro Cantos lo puso de manifiesto al abordar las obras realizadas con motivo de la guerra de los Pedros.⁴⁹ Ambos se encontraban separados por un foso o “tallada”, en donde se habían adosado viviendas que se mandó derribar, abriendo al mismo tiempo una puerta en el muro que separaba ambas fortificaciones.

Recientemente, José Ignacio Sauca se ha referido a ello en un trabajo todavía inédito, en el que da a conocer los restos conservados de ambos castillos, así como del cortado que los separaba.⁵⁰

Por otra parte, en el mismo documento al que hacía referencia Álvaro Cantos, se ordena construir una gran torre, “en el pueyo do es la esglesiea delant la casa de la confraría de Borja”.⁵¹ La mención a Borja plantea dudas, aunque el estar incluida entre las instrucciones concernientes a Magallón, indica que hace referencia a esta última localidad.

Junto a la actual iglesia parroquial se conserva una formidable torre cuadrangular de sillería, recrecida para ser utilizada como campanario que, sin ningún género de dudas, formó parte del antiguo castillo de San Lorenzo, aunque cabe la

⁴⁸ Véase Anexos: Imagen 2.

⁴⁹ CANTOS CARNICER, Álvaro, “La reforma de las fortificaciones de la frontera occidental aragonesa en los inicios de 1357 según las instrucciones generales de Pedro IV”, *Castillos de Aragón*, 23, Asociación para la recuperación de los castillos de Aragón (ARCA), pp. 4-22.

⁵⁰ SAUCA MODREGO, José Ignacio, “El castillo de Magallón”. Trabajo inédito. Archivo del Centro de Estudios Borjanos.

⁵¹ ACA, Cancillería, Cartas Reales, Pedro IV, caja 46, nº 5674.

posibilidad de que se trate de esa “gran torre” a la que hace mención el documento citado⁵².

2.2 Puntos secundarios

A partir de las tres plazas fuertes ya señaladas debemos referirnos a todo el conjunto de fortificaciones que integraban el sistema castral de la zona. En unos casos, se trata de castillos perfectamente estructurados y, en otros, de meras torres, aunque es difícil determinar si los castillos actualmente existentes estaban ya edificados en el momento del conflicto o si, como parece deducirse a la luz de recientes hallazgos, eran todavía meras torres defensivas, en torno a las cuales se fueron configurando posteriormente recintos de dimensiones mayores.

De todos ellos, unos eran de realengo y otros de señorío, laico o eclesiástico. Aunque todos formaban parte del sistema defensivo de la zona, el papel desempeñado en el transcurso del conflicto no fue el mismo, por lo que al analizarlo haré especial mención sobre aquellos de los que hay constancia de que, en determinados momentos, fueron protagonistas de acciones bélicas.

Así mismo, desde un punto de vista estrictamente geográfico, hay que señalar que en esta zona de la frontera existían dos enclaves con distinto valor estratégico: de un lado, el valle del río Queiles, orientado hacia Navarra, y de otro el valle del Huecha, que constituía una vía de penetración mucho más directa desde Castilla.

2.2.1. Fortificaciones de realengo

Ferrera y Ferrellón

Sobre la existencia de dos castillos en las conocidas como “Peñas de Herrera” existen numerosos datos documentales que han sido dados a conocer por Francisco Saulo Rodríguez Lajusticia,⁵³ a través del cual sabemos que fue entregado al monasterio

⁵² GUITART APARICIO, Cristóbal, *Castillos de Aragón III*, Editorial Mira, 1988, pp. 154-155. Atribuye la parte inferior a una obra romana.

⁵³ RODRÍGUEZ LAJUSTICIA, Francisco Saulo, “Noticias documentales sobre el desaparecido castillo de Ferrellón (siglos XIII-XIV)”, *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica*, Guadalajara, 2006, pp. 573-590.

de Veruela por Pedro II, aunque posteriormente estuvo bajo control navarro y castellano, por diversas circunstancias.⁵⁴ Respecto al de Ferrellón, hace referencia a su posible origen islámico, a partir de los datos arqueológicos aportados por Teixeira,⁵⁵ aunque no son concluyentes. En cuanto al de Ferrera, a pesar de dejar patente su proximidad al anterior, no se decanta respecto a su emplazamiento.

Mucho más concluyente es Alejandra Gutiérrez, que sitúa ambas fortificaciones en sendas prominencias de las citadas peñas de Herrera, con datos arqueológicos conservados.⁵⁶

Sabemos que el castillo de Ferrellón fue destruido por los castellanos durante la guerra de los Dos Pedros y su asignación económica destinada al de Ferrera, de dimensiones mucho más reducidas.

Los Fayos

De características singulares, por haberse aprovechado una cavidad natural del cortado que domina el casco urbano, es uno de los pocos casos que han sido objeto de un estudio arqueológico y de acondicionamiento de una de las dos torres con las que estuvo dotado.⁵⁷ Por otra parte, jugó un papel importante en el devenir de la guerra, pues habiendo sido ocupado por los castellanos tuvo que ser devuelto con ocasión de una tregua pactada por el legado papal, un acuerdo que incumplió Pedro I, por lo que fue excomulgado en 1354.

2.2.2. Fortificaciones de señorío eclesiástico

Talamantes

Situado al pie de las peñas de Herrera, sobre una cresta rocosa que domina el casco urbano de esta localidad, cayó en poder de los castellanos al mismo tiempo que los de Ferrera y Ferrellón. Los restos conservados nos permiten saber que era un castillo,

⁵⁴ Véase Anexos: Imagen 3.

⁵⁵ TEIXEIRA, S, *El dominio del monasterio de Veruela; La gestión de un espacio agrario andalusí*, Tesis doctoral editada en CD-ROM, Universidad Autónoma de Barcelona, 1995.

⁵⁶ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, “Un viaje a las fortificaciones medievales de Tarazona y el Moncayo”, *Catálogo de la exposición celebrada en el monasterio de Veruela*, 2003, pp. 15-90.

También hace referencia al mismo GUITART APARICIO, Cristóbal, *Op. cit.*, pp. 68-69.

⁵⁷ PÉREZ OMEÑACA. María Cruz y ROS ZATORRE, Isabel, “Intervención arqueológica y restauración de la torre redonda de Los Fayos (Zaragoza)”, *Tvriaso*, XX (2010-2011), pp. 309-324.

de dimensiones reducidas, al que hacía alusión Corral con una somera descripción.⁵⁸ Recientemente ha aparecido un artículo sobre el mismo en el blog del Centro de Estudios Borjanos,⁵⁹ ilustrado con diversas fotografías, en el que puede apreciarse con claridad su estructura.

Por una parte, en la zona más débil del escarpe donde se levanta hay una torre cuadrangular de 6 metros de lado que pudo haber sido construida con anterioridad. A partir de ella, se delimitó un estrecho recinto entre dos lienzos de murallas que confluyen en ángulo en el otro extremo, de los que sólo se ha conservado uno de ellos en el lado norte.

Talamantes fue cabecera de una encomienda templaria hasta la extinción de la Orden, pasando después a integrarse con la de Añón, en uno de los pocos casos conocidos de encomiendas dúplices.

Añón

Antigua propiedad de la Orden de San Juan de Jerusalén y cabecera de una de sus más antiguas encomiendas, protegía el acceso al valle del Huecha por la vía más natural.⁶⁰ Conquistado por los castellanos durante la guerra de los Pedros, posiblemente fue destruido, como opina Corral,⁶¹ por lo que lo que hoy puede verse respondería a una reconstrucción posterior, sobre la misma base. Se trata de un castillo de planta cuadrangular con torreones en sus ángulos y otro que protege la puerta.

Además, el casco urbano estaba murado con torres flanqueando la muralla, de la que subsisten algunas.⁶² Era, por tanto, una posición importante con indudable valor defensivo, como lo demuestra el que sirviera de refugio para los vecinos en época tan tardía como la guerra de Sucesión.

Alcalá de Moncayo

A escasa distancia de Añón y aguas abajo del río Huecha se encuentra Alcalá de Moncayo, propiedad del monasterio de Veruela. Allí hubo un castillo que, tras la

⁵⁸ CORRAL LAFUENTE, *Op. cit.*, pp. 27-28.

⁵⁹ “El castillo de Talamantes”. www.cesbor.blogspot.com

⁶⁰ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.*, pp. 30-35.

⁶¹ CORRAL LAFUENTE, *Op. cit.*, pp. 23-24.

⁶² Sobre el castillo, la muralla y sus torres han aparecido varios artículos con abundantes fotografías en www.cesbor.blogspot.com

conquista castellana, sirvió de base para las operaciones contra la comarca durante la primera fase de la guerra, por lo que gente de Borja, al mando de D. Juan del Arco, se encargó de demolerlo en 1360 tras el abandono de los castellanos, aprovechando la tregua.⁶³

Probablemente, este castillo no volvió a ser reconstruido y, ya en el siglo XVI, el solar donde se encontraba fue reaprovechado para levantar la actual iglesia parroquial. Lo que sí se conservan son restos de la muralla que ceñía el casco urbano. Entre ellos destaca lo que, en principio, había sido considerado un torreón semicircular, a pesar de ser un modelo extraño a la poliorcética de la zona. Hoy se sabe que corresponde al ábside de la primitiva parroquia, integrado en la muralla, por la parte más abrupta de la misma, en el que destaca una hermosa ventana geminada que ha sido objeto de estudio por parte de Corral.⁶⁴

Vera de Moncayo

También propiedad del monasterio de Veruela, desde que Alfonso II la donó a los monjes en 1172, esta población albergó un castillo del que aún se conservan restos, enmascarados por las viviendas que ocultan sus muros y las que se construyeron en su interior. Ha sido objeto de estudio por parte de Alejandra Gutiérrez,⁶⁵ que lo describe como de planta poligonal con al menos una torre. El hecho de que esta autora haya constatado la existencia, en su interior, de un muro con varias hiladas de grandes sillares y tipología muy diferente al resto de la construcción, permite formular la hipótesis de que, al igual que en otras poblaciones de la zona, el castillo se construyera en torno a una torre preexistente.

En cualquier caso, la fábrica actual responde a las reformas efectuadas tras la guerra de los Dos Pedros, tras la cual la localidad quedó despoblada y el monasterio

⁶³ Sobre el castillo y sus defensas existen varias referencias: GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.* pp. 27-30. CORRAL LAFUENTE, *Op. cit.*, pp. 23-24.

⁶⁴ CORRAL LAFUENTE, José Luis, “Restos arquitectónicos mozárabes en Alcalá de Moncayo (Zaragoza)”. *Turiaso*, 2 (1981), pp. 141-172. Hay que señalar que este autor todavía consideraba que el torreón formaba parte del antiguo castillo, a pesar de la existencia de datos documentales que señalan una ubicación diferente.

⁶⁵ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.*, pp. 82-86.

tuvo que otorgar nueva Carta de Población,⁶⁶ en la que se hace mención expresa al “castiello”.

Ambel

Cabeza de una encomienda templaria y posteriormente hospitalaria, se conserva prácticamente intacta la casa conventual, adosada a la actual iglesia parroquial de San Miguel.

Este conjunto de edificios ha sido objeto de uno de los más importantes estudios llevados a cabo en esta zona, por parte del Christopher Gerrard,⁶⁷ en el que al referirse a los orígenes del mismo, dieron a conocer la existencia de un primitivo torreón cuadrangular, ahora englobado entre la casa y la iglesia, cuyos muros se conservan y que fue objeto de excavaciones arqueológicas.

En opinión del autor, el torreón es anterior a la llegada de los templarios, por lo que nos encontraríamos ante un caso similar a los que hacíamos referencia al principio, de posible origen musulmán o, incluso, anterior.

A esa época pertenecen las seis hiladas inferiores de sillares, sobre los que se levantaron los muros actuales de tapial liso de tierra. El torreón, que siguió exento durante bastante tiempo, continuó desempeñando su función militar, con una entrada en alto, por el muro Este.

A cierta distancia del mismo se fueron construyendo varios edificios, pero no fue hasta mediados del siglo XIV cuando comenzaron las obras de la iglesia, ya adosada al torreón. Las excavaciones arqueológicas realizadas con ocasión de la reciente rehabilitación del templo, han constatado la evidencia de que su último tramo, que hasta ahora se consideraba fruto de una ampliación posterior, ya existía en el planteamiento original, lo que ha sido recogido por autores que se decantaban por la primera opción.⁶⁸ De acuerdo con esta nueva hipótesis, las obras pudieron quedar interrumpidas a

⁶⁶ El abad y monjes del monasterio de Veruela otorgan carta de población a Vera, que se había despoblado con motivo de la guerra entre Castilla y Aragón. Se fijan los términos de la villa y la tributación y condiciones a que deberán atenerse los pobladores, 1368, julio 16, Veruela. LEDESMA RUBIO M^a Luisa, *Cartas de población del Reino de Aragón en los siglos medievales*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1991, p. 183.

⁶⁷ GERRARD, Christopher, *Paisaje y señorío: La casa conventual de Ambel (Zaragoza). Arqueología, arquitectura e historia de las órdenes militares del Temple y del Hospital*, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2003.

⁶⁸ BORRÁS GUALÍS, Gonzalo, *Arte mudéjar aragonés*, Editorial Prames, tomo I, 2008, pp. 91-96.

consecuencia de la guerra de los Dos Pedros, o el edificio sufrió daños importantes que obligaron a una inmediata reconstrucción.

Bulbuente

En esta localidad, propiedad del monasterio de Veruela, se conserva una formidable torre de sillares en su mayor parte y tapial en la zona superior, a la que Corral⁶⁹ se refería como “castillo de Bulbuente”⁷⁰ y sobre la que Bordejé había llamado la atención a comienzos del siglo XX.⁷¹

Sin embargo, ha sido ahora, con ocasión de las obras de rehabilitación que se están llevando a cabo, cuando han podido conocerse con mayor precisión algunas de sus fases constructivas. Llaman la atención las dimensiones de los sillares de la parte baja, toda ella maciza, así como su labra y la presencia de orificios para moverlos mediante pinzas de hierro, lo cual responde a una técnica anterior a la empleada en el resto de los sillares. Asimismo, se ha puesto de manifiesto la destrucción de los ángulos de las plantas superiores, rehechos posteriormente de ladrillo, lo que ha sido interpretado como consecuencia de la guerra con Castilla.

Las excavaciones efectuadas han venido a descubrir la existencia de un muro o cerca que, apoyado en el torreón, delimitaba un espacio de tamaño reducido. Esas estructuras fueron demolidas cuando se levantó el palacio de los abades, adosado al torreón, en el que se aprecian varias fases, la más antigua de las cuales parece corresponder al siglo XV.

2.2.3. Fortificaciones de señorío laico

Trasmoz

Próximo a Vera de Moncayo y cerrando el camino hacia Tarazona se encuentra el castillo de Trasmoz, en la cima de la colina que domina la población. A diferencia de

⁶⁹ CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (valle del Huecha; siglos XII al XV), *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV (1979), pp. 28-29.

⁷⁰ Citado también por GUITART APARICIO, Cristóbal, *Castillos de Aragón III*, Editorial Mira, 1988, p. 74, donde confunde la cronología

⁷¹ Véase Anexos: Imagen 4.

otros, ha sido objeto de más atención e incluso de excavaciones arqueológicas por parte de José Luis Corral.⁷²

Especialmente interesante es la aportación de Alejandra Gutiérrez sobre su historia y las diferentes fases constructivas del mismo.⁷³ Según esta autora, fue a mediados del siglo XII cuando se construyó la torre central, donde ahora se encuentra un pequeño museo, con una cerca de planta oval que la rodeaba. A principios del XIII y durante la etapa en la que estuvo bajo control navarro, se levantó otro recinto poligonal con varias torres, en dos etapas diferentes, mientras que ante la amenaza castellana, en el siglo XIV, se recrecieron los muros dotándolos de almenas.

Es significativo el limitado papel que los castillos y torres de señorío laico desempeñaron en la guerra, entre otras razones porque los más próximos a la zona fronteriza eran de realengo o de señorío eclesiástico.

2.2.4. Otros elementos del sistema castral

Valle del Huecha

En la mayoría de los casos se trataba de torres cuadrangulares que, en gran medida, servían de apoyo a los castillos próximos. Este el caso de *Castilviejo de Trasmoz*, sobre el que llamó la atención Alejandra Gutiérrez,⁷⁴ que estaba emplazado en lo alto del cabezo de la Mata.

Aguas abajo del cauce del río se encontraba una serie de torres, como la de *Ainzón*, propiedad del monasterio de Veruela, que aún se conserva, englobada en construcciones posteriores;⁷⁵ la de *Alberite de San Juan*, lugar vinculado a la encomienda de *Ambel* y que era una pequeña torre de origen islámico que ha sido objeto

⁷² CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El castillo de Trasmoz. Introducción a la arqueología medieval”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, I, pp. 35-40; CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El castillo de Trasmoz. Avance de la I^a campaña de excavaciones”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, II, pp. 61-76; CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El castillo de Trasmoz: estudio arqueológico”, *Turiaso*, 3 (1982), pp. 167-224.

⁷³ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.*, pp. 76-81.

⁷⁴ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.*, pp. 81-82.

⁷⁵ URZAY ZUECO, Ángel, “El castillo de Ainzón: Un monumento desconocido de nuestra comarca”, *Boletín Informativo del CESBOR*, 51 (1998), p. 9.

de una excavación arqueológica;⁷⁶ *Agón*, señorío de los Luna, que aún se conserva; la del coto redondo contiguo de *Gañarul*, derruida y con los pilares reaprovechados; *Bureta*, de señorío laico y de la que existen restos en el interior del actual palacio, y *Fuendejalón*, localidad perteneciente a la encomienda hospitalaria de *Mallén*, sobre cuyo solar se levantó la actual ermita de la Virgen del Castillo.

El sistema defensivo de este valle se cerraba, en su parte inferior, con dos castillos más importantes. El primero de ellos es el de *Mallén*, sede de la primera encomienda de la Orden de San Juan en Aragón, a cuyo reforzamiento se asignaron recursos al inicio de la guerra y, muy cercano al mismo, el de *Novillas*, de la Orden del Temple y luego cabeza de otra encomienda hospitalaria. Protegía el paso del Ebro en esa zona y contaba con el apoyo de otros torreones y de una posible muralla recientemente descubierta.⁷⁷

Valle del Quéiles

El inventario más completo de las fortificaciones de esta zona fue publicado por Alejandra Gutiérrez,⁷⁸ con motivo de una exposición celebrada en el monasterio de Veruela, en 2005. Entre ellas se encuentran castillos de cierta entidad, como los de Grisel y Lituénigo, que en el momento del enfrentamiento no tenían la configuración actual, siendo meras torres como las restantes que relacionamos a continuación: *Cunchillos*, *Grisel*, *Samangos*, *Litago*, *Lituénigo*, *Malón*, *Novallas*, *Torrellas*, *Tórtoles*, *Samanes*, *Vierlas* y *Santa Cruz de Moncayo*. Tan sólo en este último caso tenemos constancia de que fue ocupada por los castellanos.

A todas ellas podríamos sumar otras torres que fueron expresamente construidas por orden real para reforzar la zona, como ocurrió en el caso de la Muela Baja de Borja, donde se levantaron dos, citadas por Corral,⁷⁹ y cuyos cimientos fueron localizados por el Centro de Estudios Borjanos.

⁷⁶ CASABONA SEBASTIÁN, José Francisco y DELGADO CEAMANOS, José, “Excavaciones arqueológicas en el castillo de Alberite de San Juan (Zaragoza), *Arqueología Aragonesa*, 1994, p. 305.

⁷⁷ ZUECO JIMÉNEZ, Luis, “El torreón de Novillas (Zaragoza) y la red de fortificaciones andalusías del valle del Huecha (siglos IX-XI), *Cuadernos de Estudios Borjanos*, LIV (2011), pp. 39-90.

⁷⁸ GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra, *Op. cit.*

⁷⁹ CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (valle del Huecha; siglos XII al XV), *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV (1979).

2.3. Tamaño y entidad de las poblaciones

Intentar conocer la entidad demográfica de cada población en una época en la que no se realizaban censos y no existían los registros parroquiales es empresa complicada. No obstante, consideramos importante realizar al menos una estimación al respecto y, para ello, nos hemos basado en el fogaje general del reino confeccionado en 1405. Publicado por José Ángel Sesma Muñoz y Juan Abella Samitier,⁸⁰ su contenido puede servirnos de orientación, aunque hay que tener en cuenta que había transcurrido casi medio siglo desde la finalización de la guerra y desconocemos el influjo que pudo tener la contienda en la demografía de la zona, así como las epidemias de peste desencadenadas en las décadas de 1360 y 1370. Junto con todos estos problemas hay que tener en cuenta, además, que en él no aparecen reflejadas todas las localidades.

Por lo que respecta al valle del Huecha, los fuegos contabilizados en cada localidad son: Borja, 536; Albeta, 8. Comoquiera que esta última localidad era barrio de Borja, el total de fuegos contabilizados era de 544.

El de las restantes poblaciones era: Trasmoz, 36; Fréscano, 23; Gañarul, 10; Bisimbre, 20; Ainzón, 156; Magallón, 124; Alberite, 42; Bureta, 58; y Agón, (36)

Respecto al valle del Quéiles, Tarazona tenía 310 fuegos; San Martín, 5; Lituénigo, 9; Novallas, 19; y Malón, 11.

Habitualmente se suele considerar que cada fuego equivalía a 3,5 o 4 habitantes, cifra convencional que algunos autores elevan. En cualquier caso, son estimaciones muy relativas, pues en el fogaje de Borja encontramos, por ejemplo, al castillo contabilizado como 1 fuego, al igual que el convento de San Francisco, a pesar del elevado número de frailes que había allí. Lo mismo ocurre con Veruela, también contabilizado como 1 fuego.

⁸⁰ SESMA MUÑOZ, José Ángel; ABELLA SAMITIER, Juan, “La población del reino de Aragón según el fogaje de 1405”, *La población de Aragón en la Edad Media (siglos XIII-XV), Estudios de demografía histórica*, Grupo C.E.M.A, Zaragoza, 2004, pp. 115-164.

3. La defensa y el control del territorio

3.1. El gobierno de las fortalezas: capitanes y alcaides

Al margen de las capitánías, al frente de cada fortaleza había un alcaide designado por el rey. Contaban con una reducida guarnición, integrada principalmente por hombres a pie y ballesteros. Su misión fundamental era la defensa de la plaza pero, en ocasiones, podían emprender acciones punitivas con las fuerzas bajo su mando. Este es el caso de Pedro Jiménez de Samper, alcaide de Borja que, en 1358, consiguió derrotar a una compañía castellana, solicitando autorización para entrar en ese reino, que no le fue concedida.

Pedro Jiménez de Samper, quien también ejerció, como hemos visto, la capitánía de Tarazona, tuvo a su cargo otras fortalezas, además de Borja, como las Ferrellón y Los Fayos.

Conocemos también los nombres de otros dos alcaides del castillo de Ferrellón: Martín de Vera (1358) y Pedro Jiménez de Azlor (1361)

Al mando de Tarazona estuvo el citado Pedro Jiménez de Samper, uno de los 18 individuos que, actuando como *caps*, tuvieron bajo su mando los 200 hombres de armas disponibles. En 1361, Samper, en concreto, dispuso en Tarazona de 50, el contingente más elevado de todos.⁸¹

En 1363, Pedro Jiménez de Samper era alcaide de Borja, estando al frente de una compañía de la que, a través de las nóminas conservadas, sabemos que contaba con 41, 23 y 24 hombres, cifras inferiores al contingente que mandó en Tarazona.⁸²

3.2. Guarniciones y contingentes de hombres armados

Al abordar el tema de las guarniciones de los distintos castillos, es preciso diferenciar la habitual en tiempo de paz, de la reforzada en caso de conflicto. La primera era muy reducida, pero la segunda tampoco llegaba a ser excesivamente numerosa, si bien la concentración de tropas destinadas a las operaciones podía resultar

⁸¹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario. *Op., cit.* (2014), p. 68.

⁸² LAFUENTE GÓMEZ, Mario. *Op., cit.* (2014), p. 69.

llamativa, aunque los enfrentamientos en aquel momento no se libraban entre grandes contingentes, sino con fuerzas mucho menores a las empleadas en épocas posteriores.

Para estructurar la defensa del reino, en las Cortes de Cariñena se establecieron cuatro grandes capitánías (Borja, Calatayud, Daroca y Teruel), de las que dependían todos los castillos de su zona y los espacios fortificados.

El mando de la de Borja se dio inicialmente a Pedro de Luna quien, desde abril de 1359, lo compartió con Juan Jiménez de Urrea, para incorporar algo más tarde la villa de Magallón. En 1360 desempeñaba el cargo de capitán en Borja Albert Satrilla.

Pero la división inicialmente establecida no se cumplió, pues Tarazona también dispuso de otra capitánía durante la mayor parte del conflicto, al frente de la cual estuvo el obispo D. Pedro Pérez Calvillo, en cuatro ocasiones.⁸³ En 1357, era capitán de Tarazona y de Borja, junto con Lope de Gurrea, Miguel de Gurrea y Juan Pérez Calvillo. En 1361, era capitán en Tarazona Pedro Jiménez Samper, junto con el comendador de la encomienda hospitalaria de Ulldetona, fray Alberto de Juyán que, al año siguiente, pasó a ejercerla en solitario.

A los responsables de las capitánías de Tarazona y Borja debemos añadir el caso particular de la establecida en Magallón, ejercida en 1360 por Pere Albert y que, anteriormente, había estado unida a la de Borja.

Para conocer la entidad de las fuerzas destinadas en esta zona, podemos señalar el caso del obispo de Tarazona que, en 1359, disponía de una compañía de entre 10 y 20 hombres de armas.⁸⁴ Este contingente constituía una parte de los 288 combatientes que aportó el brazo eclesiástico al esfuerzo bélico, según lo pactado en las Cortes, y se integraba en el conjunto de 1.000 hombres a caballo movilizados en el reino.⁸⁵

Para situar en su justo contexto la magnitud de esas unidades, podemos hacer referencia a la contribución de la baja nobleza, a la que pertenecían Pedro Jiménez de Samper y su hijo García, que eran caballeros heredados en Tarazona.⁸⁶ El primero ha

⁸³ En 1363, llegó a ser capitán de la propia ciudad de Zaragoza junto con Blasco de Alagón. LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. Cit.*, pp. 111-116.

⁸⁴ En junio de 1363, la “compañía” del obispo la integraban 14 hombres, entre los que se encontraban sus familiares Pedro Juan Calvillo y Juan Pérez Calvillo, así como otros allegados, como Juan de Vierlas. LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. Cit.*, pp. 111-116.

⁸⁵ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. Cit.*, pp. 54-55.

⁸⁶ LAFUENTE GÓMEZ, Mario. *Op. cit.* pág. 36.

sido objeto de especial atención por parte de Mario Lafuente, dado el relevante papel que desempeñó en la guerra,⁸⁷ en la que dispuso de una compañía de 15 hombres que, en 1361, eran 13 y, a los que más tarde se unirían otros efectivos.⁸⁸

Los “hombres de armas” o caballería pesada eran el elemento primordial del choque entre las fuerzas combatientes que, en cierta medida, equivaldrían a un carro de combate actual, por lo que no hay que minimizar su importancia numérica.

Distinto era el caso de la caballería ligera, destinada a labores de reconocimiento o de envolvimiento de las alas en los combates a pie, pero en la guerra su uso no estuvo muy generalizado.

El peso del combate terrestre recaía en los peones, una vez rotas las formaciones por la caballería pesada. En este sentido, en 1357, el rey se había dirigido a las autoridades de las principales localidades del reino para que contribuyeran con fuerzas, tanto de a caballo como de a pie, convocándolos en Zaragoza para el 8 de marzo. Entre los destinatarios se encontraban Tarazona, Borja y Magallón, los municipios de realengo de esta zona.⁸⁹ Como ha señalado Mario Lafuente, cuantificar la respuesta y la importancia de los contingentes aportados es muy difícil, aunque se dispone de datos referidos a Tarazona, a la que se le pidieron 300 peones.⁹⁰

Las compañías de peones plantearon algunos problemas, negándose a trasladarse a los lugares que les habían sido asignados. De hecho, en el caso concreto de Borja y Magallón, en 1357, las compañías destacadas en esas plazas se marcharon alegando determinados fueros y privilegios.⁹¹

También participaron en la contienda tropas profesionales y especializadas, como los contingentes de almogávares, mandados por “adalides”. A Tarazona fueron destinados 30 y otros 10 a Mallén, todos ellos bajo las órdenes de un adalid.⁹²

Para la financiación de la guerra se solicitaron recursos a los diversos estamentos del reino y también a las aljamas de judíos y moros. Por lo que respecta a nuestra zona

⁸⁷ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, “Pedro Jiménez de Samper, un caballero de frontera al servicio de Pedro IV de Aragón (1347-1364)” en *La caballería y el arte de la guerra en el mundo antiguo y medieval, Mirabilia*, 8 (2008), pp. 261-298.

⁸⁸ LAFUENTE GOMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), p. 67.

⁸⁹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), p. 78.

⁹⁰ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), p. 78.

⁹¹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), p. 117.

⁹² LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), p. 138.

está documentada la petición de 4.000 sueldos a los judíos de Borja, en 1356, de los que entregaron 1.000, siéndoles reclamados al año siguiente otros 2.000.

A los moros de la misma población se les pidieron 4.000 sueldos, de los que hicieron efectivos 2.000, pidiéndoles otros 2.000 en 1357.⁹³

4. Abastecimiento y logística

4.1 Costes de mantenimiento

La dotación humana y material de estos castillos exigió un suministro de recursos ingente y regular, que hubo de ser incrementado notablemente a partir de 1356, para garantizar el abastecimiento tanto de la población como de los combatientes.

Una de las bases económicas que sostenía el sistema castral aragonés en la frontera occidental del reino en vísperas de la guerra con Castilla eran las *retenencias* asignadas a las alcaidías. Esta cantidad de dinero anual que recibía un alcaide correspondía a la financiación ordinaria de las fortificaciones. En ella se incluía su propio salario y el de la guarnición, junto a un porcentaje menor destinado a financiar aquellas obras que no necesitaban una asignación específica. En cuanto a la procedencia de las *retenencias* de realengo en la primera mitad del siglo XIV, entre 1327 y 1335, el 72,20% precedían de rentas y derechos reales (pechas, cenas, peajes, etc.), el 16,84% de las aljamas de judíos y musulmanes, el 10,56% de salinas (El Castellar, Remolinos y Arcos), y el 0,40% otras.

Para la financiación de la guerra se solicitaron recursos a los diversos estamentos del reino y también a las aljamas de judíos y moros. Por lo que respecta a nuestra zona está documentada la petición de 4.000 sueldos a los judíos de Borja, en 1356, de los que entregaron 1.000, siéndoles reclamados al año siguiente otros 2.000.

A los moros de la misma población se les pidieron 4.000 sueldos, de los que hicieron efectivos 2.000, pidiéndoles otros 2.000 en 1357.⁹⁴

⁹³ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.* (2014), pp. 162-163.

⁹⁴ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Un reino en armas. La guerra de los Dos Pedros en Aragón (1356-1366)*, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2014, pp. 162-163.

Es significativo el hecho de que este tipo de exacciones recayeran exclusivamente en esos colectivos ya que el resto de moradores de Borja fueron liberados por completo de cualquier contribución, dada la situación de riesgo en que vivían, privilegio que fue renovado en las Cortes de Zaragoza de 1360.⁹⁵

Por este motivo, no haremos referencia al procedimiento que para la recaudación de fondos fueron arbitrados en el transcurso de la guerra, con la participación de las Cortes del Reino que, por cierto, fueron convocadas en Borja en 1360, donde se encontraba el rey con la mayor parte de los capitanes aragoneses, aunque el rechazo suscitado entre los procuradores de los distintos brazos hizo que, finalmente, se celebraran en Zaragoza.⁹⁶

Sin embargo, el reforzamiento de las defensas de las plazas de realengo de esta zona exigió fuertes inversiones. En concreto, se prestó especial atención a los castillos de Borja, Magallón, Los Fayos y Ferrellón, que vieron incrementadas las *retenencias* de sus alcaldes de manera notable por las necesidades del conflicto.

Mario Lafuente que ha estudiado con detenimiento esta cuestión, señala que para el castillo de Borja se asignaban en tiempos de paz 1.000 sueldos (1311), procedentes del peaje de esa localidad, mientras que el castillo de Ferrellón recibía 600 procedentes de las salinas de El Castellar. Pero, durante la guerra, la asignación al castillo de Borja pasó a ser de 6.000 sueldos que procedían de la aljama de judíos de esa villa (1.000); la encomienda de Montalbán (500); la Casa del Temple de Zaragoza (400); las poblaciones de Encinacorba (400); Ascara (400); Miravete (400); Alagón (300); Remolinos (300); Aliaga (300); aljama de moros de Zaragoza (300); Chalamera (300); el peaje de Borja (250); Boil (200); Monclús (200); la aljama de judíos de Barbastro (200); Tiermas (100); Canfranc (100); Son del Puerto (100); Lobera (100); Urriés (100); y Santa Eulalia (50).⁹⁷

También experimentaron un fuerte incremento las asignaciones a los castillos de Herrera, Ferrellón y Los Fayos. En el caso del primero 2.500 sueldos, procedentes de la bailía general de Aragón (1.100); las salinas de Remolinos y el Castelar (1.000); y los herbajes de Ejea y las Bardenas (400). Para el de Ferrellón fueron 2.300 sueldos que

⁹⁵ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, p. 164.

⁹⁶ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, p. 170.

⁹⁷ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, pp. 279-289.

procedían de los censales y violarios confiscados a los bilbilitanos (900); las salinas de El Castellar (600); el herbaje de Ejea (400) y de diversos orígenes (400). Para el de Los Fayos fueron 3.000 sueldos que procedían de la bailía de Tarazona.

Respecto a las obras de reforzamiento que fueron acometidas con esos fondos, los datos son incompletos, pero los disponibles nos permite acercarnos a la realidad de lo acaecido.

Por una parte, sabemos, para el caso de Borja, que la supervisión de las obras fue encomendada al alcaide de su castillo, Pedro Jiménez de Samper.⁹⁸

En 1359, el justicia de la villa recibió la orden de reconstruir una parte del muro que se había derribado “entre la iglesia y el portal”, de piedra, aljez y madera, excavando una “tallada” o foso en la roca, para facilitar la defensa en caso de que volviera a ser derribado. El muro al que se alude no parece ser el del castillo, sino el de la cerca que rodeaba el casco urbano, concretamente el tramo situado entre la iglesia de Santa María y la puerta de la Acequia.

En el castillo se había trabajado con anterioridad y, en concreto, en el verano de 1357, Pedro Jiménez de Samper se habría quejado al rey de que las gentes de Borja se marchaban en busca de trabajo como segadores, algo que sería habitual, por lo que no disponía de peones para el refuerzo del castillo. Por ello se dispuso que hubiera siempre 20 hombres trabajando en el castillo y que, cada siete días, fueran relevados por otros 20 que hubieran ido a segar.⁹⁹ Ese mismo año Pedro IV envió a Borja maestros especializados para hacerse cargo de las obras. Este dato es interesante, ya que probablemente se trataba de canteros, lo que vendría a demostrar la importancia de los trabajos. Algunos investigadores han aventurado la posibilidad de que, en esos momentos, se reforzaran con sillares las estructuras del peñón central del castillo, tomando la piedra del vecino monte de La Corona, donde existe una significativa excavación que arrasó los estratos de buena parte de la ciudad romana (la antigua Bursao), allí existente.¹⁰⁰

⁹⁸ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, p. 309.

⁹⁹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, p. 333.

¹⁰⁰ El arqueólogo Isidro Aguilera Aragón formuló esta hipótesis para demostrar que los sillares no podían ser de época romana, sino posterior. Ello no significa que necesariamente correspondan al período de la guerra, pues la obra a la que estamos haciendo referencia pudo ser de época islámica, a la que, como está constatado, pertenecen las murallas que ceñían la ciudadela.

Pero además de esas obras, las necesidades posteriores del conflicto obligaron a realizar otras nuevas. Así, entre los años 1356 y 1366, se invirtieron 6.640 sueldos en el castillo, procedentes de la tesorería real y otros 2.000 en los muros, obtenidos mediante préstamo. Además, en Magallón se realizaron obras en su castillo por un importe de 3.000 sueldos aportados por la tesorería real.¹⁰¹

En un interesante artículo de Álvaro Cantos se hace referencia a unos documentos que permiten ilustrar con precisión las obras realizadas en Magallón.¹⁰² Se trata de unas instrucciones en las que el rey ordena reforzar los dos castillos situados en lo alto de la población, así como abrir una puerta en el muro que habría entre ambos, derribando las casas que se habían construido en la “tallada” que, por otra parte, debía ser rebajada. Además, en ese momento se manda construir también una “buena torre” en el monte de la iglesia.

Para el caso de Borja, las instrucciones conservadas se refieren al traslado de la población “del arrabal” a la muela que hay sobre el castillo, que se debía “obrar y reforzar”, disponiendo tinajas para almacenar el agua, construyendo dos aljibes y reabriendo un antiguo “caño”. La muela a la que se refiere la citada orden es el monte de la Corona, situado tras el castillo. Pero el dato más curioso es el relativo a la apertura de ese “antiguo caño”, pues en aquel lugar estuvo establecida la antigua ciudad de *Bursao* y podríamos encontrarnos ante una alusión importante al suministro de agua en época romana.

4.2. Cultura material

Desgraciadamente, los estudios arqueológicos relativos a las torres y castillos objeto de este trabajo no son muy abundantes.

Los más completos hacen referencia al castillo de Trasmoz que, antes de la restauración de su torre del homenaje, en torno a la cual se constituyó el recinto fortificado, fue excavado por José Luis Corral, que dio a conocer sus resultados en

¹⁰¹ LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Op. cit.*, pp. 341-343.

¹⁰² CANTOS CARNICER, Álvaro, “Las fortificaciones de la villa de Calatayud en el inicio de la guerra de los dos Pedros (septiembre de 1356-mayo de 1357)”, *Actas del IV Congreso de Castellología*. Asociación España de Amigos de los Castillos, 2012, pp. 571-584.

varios artículos publicados en las revistas *Cuadernos de Estudios Borjanos* y *Tvriaso*,¹⁰³ concluyendo que la torre es una construcción cristiana del siglo XII, haciendo referencia expresa a la reconstrucción de la cerca, en el transcurso de la guerra, pues los torreones, tanto el primitivo como los posteriores, se encontraban en buen estado.

El castillo de Los Fayos también ha sido objeto de estudio por parte de María Cruz Pérez Omeñaca e Isabel Ros Zatorre.¹⁰⁴

Por otra parte, C. Gerrard, estudió y excavó el torreón existente en Ambel, englobado en el conjunto monumental de la casa conventual de la Orden de San Juan de Jerusalén, dando a conocer sus resultados en un interesante libro que abarca aspectos más amplios.¹⁰⁵

Este mismo autor ha excavado el torreón de Bulbuente, donde se han constatado los daños que sufrió durante la guerra y las restauraciones posteriores, aunque sus resultados no han sido publicados todavía.

Finalmente, para el caso de Borja existe un estudio preliminar sobre las murallas, elaborado por Isidro Aguilera, ante la eventualidad de una excavación y restauración de las mismas que se pretende llevar a cabo. En ese trabajo se localiza el trazado de la muralla y se sitúan los torreones conservados.

Recientemente, en el transcurso de unas obras apareció un lienzo de muralla de sillares, en una zona en la que nunca se sospechó su existencia, lo que puede modificar la concepción hasta ahora existente del recinto murado de la ciudad, por lo que ha sido programada la realización de una cata arqueológica con el propósito de evaluar el hallazgo e intentar datarlo.

¹⁰³ CORRAL LAFUENTE, José Luis. “El Castillo de Trasmoz. Introducción a la arqueología Medieval”. *Cuadernos de Estudios Borjanos*, I (1978), pp. 35-40; CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (valle de la Huecha, siglos XII al XV)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV (1979), pp. 7-59.

CORRAL LAFUENTE, José Luis, “El castillo de Trasmoz: Estudio Arquitectónico”, *Tvriaso*, III (1982).

¹⁰⁴ PÉREZ OMEÑACA, María Cruz y ROS ZATORRE, Isabel, “Intervención arqueológica y restauración de la torre redonda de Los Fayos (Zaragoza)”, *Tvriaso*, XX (2010-2011), pp. 325-338.

¹⁰⁵ GERRARD, Christopher, *Paisaje y señorío: La casa conventual de Ambel (Zaragoza), Arqueología, arquitectura e historia de las Órdenes Militares del Temple y del Hospital*, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 2003.

Conclusiones

Esta guerra dirigida y promovida por la monarquía, bajo su fuerte liderazgo militar, y el respaldada por la nobleza de la corte, tuvo como novedad que a diferencia de las anteriores, se iniciaba un nuevo escenario desconocido hasta entonces para la Corona aragonesa: la necesidad de combatir durante casi todo el conflicto en el propio territorio, para garantizar la integridad de la Corona de Aragón.

El análisis del sistema castral como elemento de poder y control ha conllevado la necesidad de situar en el centro de la investigación el ámbito militar, y seleccionar los factores que explican el impacto de la guerra en la frontera entre Aragón y Castilla en la zona del Moncayo.

La mayoría de las investigaciones sobre castellología o historia militar de las fortificaciones se han centrado en la Alta Edad Media y, con cierto énfasis, en la guerra contra el Islam, que pese a ser un marco político y cultural diferente al que ha sido nuestro objeto de estudio, nos ha permitido establecer ciertos paralelos en el plano estratégico y material.

La frontera entre Aragón y Castilla se empezó a definir ya en el siglo XII, a través de unos recintos fortificados, que en buena medida estaban destinados a controlar las vías de comunicación entre ambos territorios. Esos espacios se repartieron en tres grandes zonas; sur, centro y norte. Para la frontera norte, en los valles del Huecha y del Quéiles, las fortificaciones más cercanas a Castilla pasaron a depender directamente del rey, quién se aseguraba así el control de los lugares más importantes, dejando el resto de los lugares en manos de señores eclesiásticos o laicos. Para estructurar la defensa del reino, estos territorios se dividieron en capitánías, de las que dependían todos los castillos y fortificaciones, que a su vez, estaban bajo el mando de un alcaide.

Los costes de mantenimiento de las fortificaciones de realengo se incrementaron exponencialmente durante esta guerra, como se ha explicado a en el análisis de la obra realizada. Pero no existió una gran red de fortificaciones, sino unos puntos seleccionados que se coordinaban para poder controlar el territorio y las vías de comunicación, aunque algunas villas o aldeas se pudieran fortificar en alguna circunstancia concreta. Además hubo otra realidad que requirió una importante

inversión económica, la necesidad de consolidar las fortificaciones, por lo que gran parte de los recursos económicos se destinaron a estas obras de fortificación.

Estas importantes inversiones requirieron un esfuerzo económico, ya que al estar la defensa del reino en juego, era una necesidad que afectaba a todos los ciudadanos, independientemente del orden social al que perteneciera. Para aumentar los recursos de la Corona, se negociaron y concedieron numerosos servicios económicos de carácter extraordinario, principalmente a cargo de las villas y ciudades de realengo, pero sin olvidar la aportación de las aljas de judíos y musulmanes, así como de los señoríos eclesiásticos.

Otra de las consecuencias fue el aumento del número de tropas en la zona que conllevó el incremento de los costes de la financiación del ejército, ya que si las fortificaciones del entorno del Moncayo caían en manos de los castellanos, éstos tendrían vía libre prácticamente hasta la ciudad de Zaragoza. Aún así tampoco se puede hablar de un número excesivo de hombres reclutados para este territorio, pese a ser el mayor ejército reclutado por los reyes aragoneses hasta la fecha.

A causa de la concentración de la población en los castillos y fortificaciones, el número de habitantes de las aldeas y villas aumentó, aunque las consecuencias de la guerra y la incidencia de la peste terminaron por ocasionar un fuerte descenso demográfico del que las poblaciones de la zona tardaron en recuperarse.

A consecuencia de la guerra, en este territorio se produce un cambio en el dominio de algunas de las poblaciones más importantes, como es el caso de Borja y Magallón. Se dio la circunstancia de que Pedro IV, para compensar la intervención de Bertrand du Guesclin, cedió los citados dominios en compensación por su ayuda contra Pedro I. Así, estos lugares pasaron de ser territorios de dependencia directa del monarca, zona de realengo, a estar bajo la dependencia de un señor feudal tras la guerra civil castellana.

El conjunto de todos estos datos, desde una visión más general a otra más particular ha permitido conocer las funciones de los castillos y fortalezas en la Baja Edad Media, de qué manera se articuló el territorio en la zona del Moncayo durante la Guerra de los Pedros, y cómo funcionaban estas redes de fortificaciones, a las que se denomina sistema castral.

Debido a la ausencia de modelos y líneas de investigación consolidadas, se hace imprescindible fomentar proyectos de estudio sobre este tema. A ello hay que unir la necesidad de estudios que conecten a los arqueólogos con los historiadores para crear una línea de desarrollo multidisciplinar que cubra las necesidades de este ámbito de estudio.

Bibliografía:

ARROYO ILERA, Fernando. “Blasco de Alagón y el comienzo de la reconquista valenciana”, *Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón*, IX (1973).

BAZZANA, André, GUICHARD, Pierre y SÉNAC, Philippe. “la frontière dans l’Espagne Médievale”, *Castrum 4, Frontière et Peuplement dans le Monde Méditerranéen au Moyen Âge*, Roma – Madrid, 1992.

BORRÁS GUALÍS, Gonzalo. *Arte mudéjar aragonés*. Tomo I. Editorial Prames, 2008.

CÁMARA MUÑOZ, Alicia. “Fortificación, ciudad, y defensa de los reinos peninsulares en la España Imperial, Siglos XVI y XVII”, en *La ciudad y sus murallas*, Madrid, 1991.

CANTOS CARNICER, Álvaro. “La reforma de las fortificaciones de la frontera occidental aragonesa en los inicios de 1357 según las instrucciones generales de Pedro IV”, *Castillos de Aragón*, 23, Asociación para la recuperación de los castillos de Aragón (ARCA).

CANTOS CARNICER, Álvaro. “Las fortificaciones de la villa de Calatayud en el inicio de la guerra de los dos Pedros (septiembre de 1356-mayo de 1357)”, *Actas del IV Congreso de Castellología*. Asociación España de Amigos de los Castillos (2012).

CASABONA SEBASTIÁN, José Francisco y DELGADO CEAMANOS, José. “Excavaciones arqueológicas en el castillo de Alberite de San Juan (Zaragoza), *Arqueología Aragonesa 1994*.

CONTAMINE, Philippe. *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1984.

CORRAL LAFUENTE, José Luis. “El castillo de Trasmoz. Introducción a la arqueología medieval”, *Cuadernos de Estudios Borjanos I*.

CORRAL LAFUENTE, José Luis. “El castillo de Trasmoz. Avance de la Iª campaña de excavaciones”, *Cuadernos de Estudios Borjanos II*.

CORRAL LAFUENTE, José Luis. “El castillo de Trasmoz: Estudio Arquitectónico”, *Tvriaso* III (1982).

CORRAL LAFUENTE, José Luis. “El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (valle del Huecha; siglos XII al XV),” *Cuadernos de Estudios Borjanos* IV, 1979.

CORRAL LAFUENTE, José Luis. “Restos arquitectónicos mozárabes en Alcalá de Moncayo (Zaragoza)”, *Tvriaso*, nº 2. 1981.

DURAND, Robert. “Guerre et fortification de l’habitatau Portugal aux XII et XIII siècles”, *Castrum 3, Guerre, fortification et hábitat dans le monde méditerranéen au Moyen Age*, 1988.

GARCÍA FITZ, Francisco. “Guerra y fortificaciones en contexto de frontera. Algunos casos ibéricos de la Plena Edad Media”, en *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e Magreb (500 – 1500): Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos*. Lisboa, 2001.

GARCÍA FITZ, Francisco. “Pora acrecentamiento de nuestros regnos. Las funciones ofensivas de los castillos de frontera”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo. Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*, Murcia, 1998.

GERRARD, Chistopher. *Paisaje y señorío: La casa conventual de Ambel (Zaragoza), Arqueología, arquitectura e historia de las órdenes militares del Temple y del Hospital*, Institución “Fernando el Católico”, 2003.

GRACIA RIVAS, Manuel. "La muralla y las puertas de la ciudad de Borja" en *Programa de la Feria de Septiembre*, 1979.

GUITART APARICIO, Cristóbal. *Castillos de Aragón III*, Editorial Mira, 1988.

GUTIÉRREZ DE VELASCO, Antonio. “Las fortalezas aragonesas ante la gran ofensiva castellana en la guerra de los dos Pedros”, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 12 – 13, 1961.

GUTIÉRREZ LÓPEZ, Alejandra. *Un viaje a las fortificaciones medievales de Tarazona y el Moncayo: Monasterio de Veruela*, Diputación provincial de Zaragoza, Zaragoza, 2005.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo. “Las ciudades medievales: espacios fortificados”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo, Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*, Murcia, 1998.

LAFUENTE GÓMEZ, Mario. *Dos Coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Grupo CEMA-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2012.

LAFUENTE GÓMEZ, Mario. “Pedro Jiménez de Samper, un caballero de frontera al servicio de Pedro IV de Aragón (1347-1364)” en *La caballería y el arte de la guerra en el mundo antiguo y medieval, Mirabilia*, 8 (2008).

LAFUENTE GÓMEZ, Mario. “Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los Dos Pedros (1356 – 1366)”, *Aragón en la Edad Media XXII*, 2011.

LAFUENTE GÓMEZ, Mario. *Un reino en armas, La guerra de los Dos Pedros en Aragón*, Institución Fernando el Católico (CSIC), Zaragoza, 2014.

LALIENA CORBERA, Carlos. “Castillos y territorios castrales en el valle del Ebro en el siglo XII”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo, Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*, Murcia, 1998.

LE GOFF, Jacques. “Construcción y destrucción de la ciudad amurallada, Una aproximación a la reflexión y a la investigación”, en *La ciudad y sus murallas*, Madrid, 1991.

MOTIS DOLADER, Miguel Ángel. “Judíos hispánicos y fortalezas medievales: Ordo & Locus, realidad y símbolo” en *La fortaleza medieval. Realidad y símbolo, Actas de la XV Asamblea General de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 1998.

MOTIS DOLADER, Miguel Ángel. “Los judíos de Borja en el siglo XV”, *Cuadernos de Estudios Borjanos* XIX-XX. 1987.

MOTIS DOLADER, Miguel Ángel. “Nuevas aportaciones sobre los judíos de Borja (siglos XIV-XV)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos* XLVI, 2003.

PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO, M^a Isabel. “El castillo, núcleo y catalizador de la vida militar”, en Miguel Ángel LADERO QUESADA *et alii: Castillos Medievales del reino de León*. Madrid, 1989.

PÉREZ OMEÑACA. María Cruz y ROS ZATORRE, Isabel. “Intervención arqueológica y restauración de la torre redonda de Los Fayos (Zaragoza)”, *Tvriaso*, XX, Centro de Estudios Turiasoneses. Tarazona, 2010-2011.

RODRIGO ESTEVAN, M^a Luz. “Torres, castillos, y murallas en la frontera con Castilla, Notas sobre el sistema defensivo darocense (siglos XIV y XV)”. *El Ruejo*, 4, 1998.

RODRÍGUEZ LAJUSTICIA, Francisco Saulo. “Noticias documentales sobre el desaparecido castillo de Ferrellón (siglos XIII-XIV)”. *Actas del III Congreso de Castellología Ibérica: 28 de octubre - 1 de noviembre, Guadalajara de 2005*.

ROJAS GABRIEL, Manuel. “Funcionalidad bélica de las fortificaciones castellanas en la frontera occidental con Granada (C. 1350 – C. 1481)”, en *La fortaleza medieval: realidad y símbolo, Actas, XV asamblea general de la sociedad española de estudios medievales*. Murcia, 1998.

SESMA MUÑOZ, José Ángel; ABELLA SAMITIER, Juan. “La población del reino de Aragón según el fogaje de 1405”, *La población de Aragón en la Edad Media (siglos XIII-XV), Estudios de demografía histórica*”, Grupo C.E.M.A, Zaragoza, 2004.

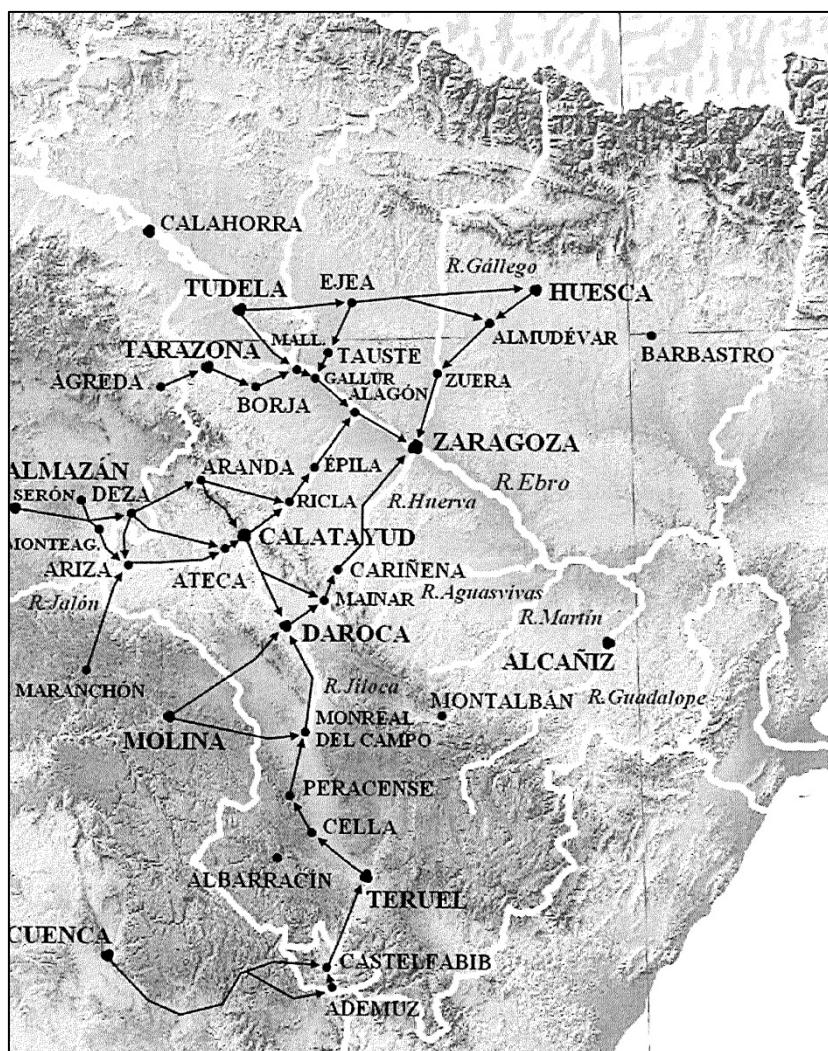
TEIXEIRA, S. *El dominio del monasterio de Veruela; La gestión de un espacio agrario andalusí*, Tesis doctoral editada en CD-ROM, Universidad Autónoma de Barcelona, 1995.

TOUBERT, Pierre. “Frontière et Frontières: un objet historique”, *Castrum 4, Frontière et Peuplement dans le Monde Méditerranéen au Moyen Âge*, Roma – Madrid, 1992.

ZUECO JIMÉNEZ, Luis. “El torreón de Novillas (Zaragoza) y la red de fortificaciones andalusíes del valle del Huecha (siglos IX-XI). *Cuadernos de Estudios Borjanos* LIV, 2011.

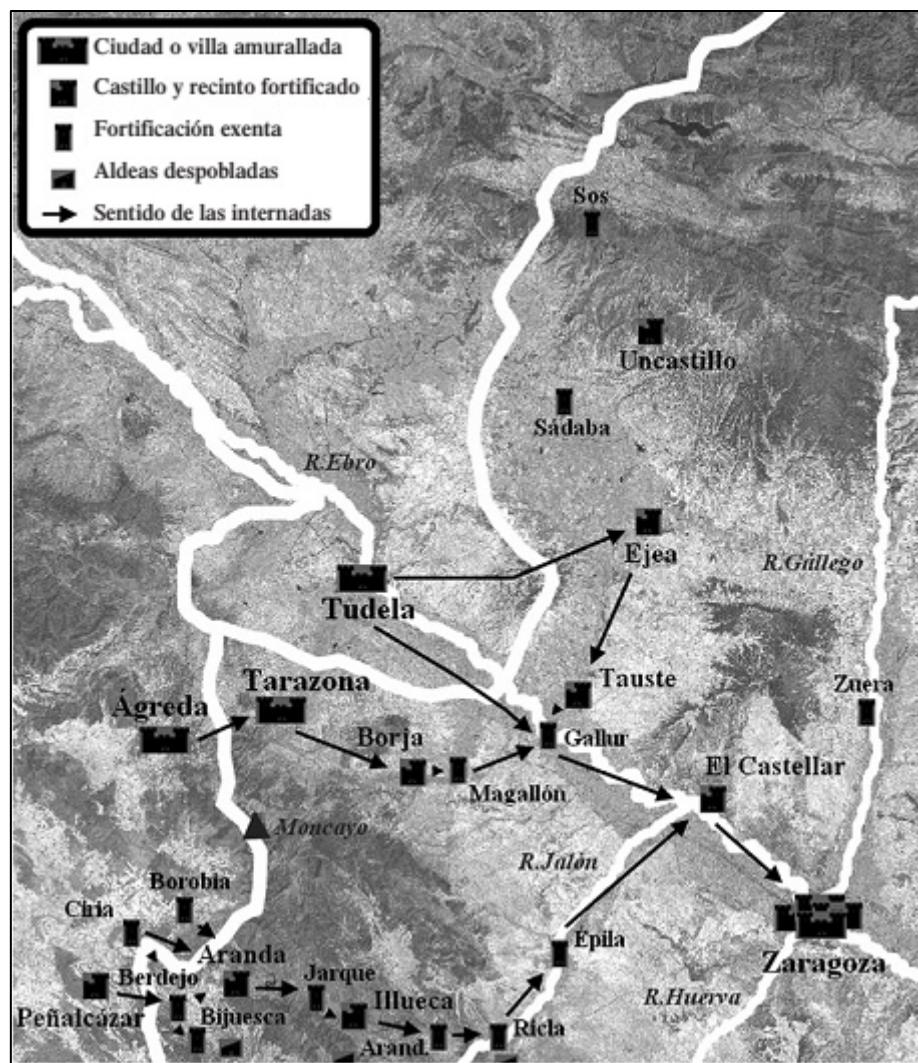
ZURITA, Jerónimo. *Anales de Aragón*, vol.4, Institución “Fernando el Católico” (C.S.I.C.), Zaragoza, 1973.

Anexos



Mapa 1. Vías de acceso entre la frontera de Aragón y Castilla en el siglo XIV.

Fuente: LAFUENTE GÓMEZ, Mario. “Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los Dos Pedros (1356 – 1366)”, *Aragón en la Edad Media XXII*, 2011.



Mapa 2. Detalle de los pasos norte entre Aragón y Castilla.

Fuente: LAFUENTE GÓMEZ, Mario. “Por caminos sinuosos: la defensa y el control del territorio en Aragón durante la guerra de los Dos Pedros (1356 – 1366)”, *Aragón en la Edad Media XXII*, 2011.



Imagen 1. Vista de los restos del castillo y muralla de Borja.

Fotografía propia.



Imagen 2. Una de las torres de Magallón que aún se conservan.

Fotografía propia.



Imagen 3. Vista panorámica de los restos arqueológicos de Herrera y Ferrellón.

Fotografía propia.



Imagen 4. Torre de sillares del castillo de Bulbuente.

Fotografía propia.